

Willy Andres Acosta

EL HIJO DE UN PADRE

NOVELA

El Hijo De Un Padre

Autor:

Willy Andres Acosta – www.willyandres.com

Diseño:

Comunidad Creativa
Ximena Villarroel Endara

Foto Portada:

Richard J. Román S.

Fotografías:

Alvaro Arana

Se autoriza la copia y distribución de este libro por cualquier medio digital o fotocopia. Este libro debe ser compartido de manera gratuita. Se debe conservar la integridad del contenido o si se usa una parte de él se debe indicar título del libro y el nombre del autor. No se permite la modificación del texto, de las imágenes de portada ni de la contraportada.

Copyleft 2013.

¿Cómo nace esta novela?

Estaba en una reunión y un amigo muy querido, Andrés Morón, comentó algo que me abrió la mente y pausó todos los proyectos que tenía hasta ese momento. Él dijo algo sobre lo que había oído comentar, lo que pudo haber sucedido con uno de los delincuentes más famosos de la Biblia, Barrabás.

La Biblia no nos muestra mucho sobre la vida de este hombre, sólo lo vemos en el momento en que, de manera sorpresiva, todo el pueblo de Israel lo proclama como mejor candidato a ser liberado, por encima de Jesús de Nazaret, quien luego es crucificado. Antes y luego de este suceso sólo existen ideas e imaginación sobre la vida de este hombre.

Desde aquella noche mi mente comenzó a tomar en cuenta muchas cosas sobre lo que pudo haber sido la historia de este hombre. Tomo como inicio el gran significado del nombre Barrabás, El Hijo De Un Padre.

En estos capítulos hago una mezcla entre realidad y ficción, entre sucesos e imaginación, entre el pasado y la actualidad, entre culturas.

Convoco a la imaginación de todos aquellos que entren en las letras de esta novela, convoco al corazón de los padres que se adentren en los capítulos de este libro, hago un llamado a que miren un poco lo que pudo haber sucedido en la historia y que, a lo mejor, sucedió otra vez; pero con nombres diferentes.

Dedicatoria

Dedico todo este trabajo, de manera muy especial a mi papá, Benevil Acosta. No es solamente un papá, es un amigo, un compañero, un motivador, un proveedor, un maestro. No tuvo temor de enfrentarse con la misma vida para darnos lo que él siempre anheló.

Seguramente hay padres que tratan de ser buenos en lo que hacen, les sugiero que aprendan del mejor, mi papá.

Dedico este libro a todos los padres que pelean en la vida para formar y dejar un legado para sus hijos. El amor de un padre no debe tenerse en poco, el trabajo de un padre marca la vida de los hijos. Los padres sembramos en los hijos lo que recibimos de los nuestros, dejemos valores y principios que valgan la pena.

Con cariño para todos aquellos padres que la vida puso en mi camino, por favor siéntanse aludidos, reciban mi agradecimiento, cariño y respeto.

Agradecimientos

Muchas gracias por tu paciencia, por tu amor, por darme alas, por hacerme creer que puedo llegar, por darme tus besos, por dedicarme tu sonrisa, por animarme con tu mirada, por abrazarme y por esos hijos tan hermosos que me diste, Niah Siara e Ian Simei. Muchas gracias esposa preciosa, Sara Anívarro.

Estimado Andrés Morón, como amigo y compañero de trabajo eres único. Compartimos un gran tiempo y experiencias que de alguna manera sellaron una gran amistad, muchas gracias por todo el apoyo y por ser el punto de partida de esta historia. Bendice a tu padre en todo tiempo y algún día tendrás hijos que te bendigan.

El Hijo De Un Padre

La historia de un hombre que encontró la libertad en medio de sus cadenas y obtuvo la vida justo antes de su muerte.

Enseña al niño a seguir fielmente su camino, y aunque llegue a anciano no se apartará de él. – Proverbios 22:6.

- 1 -

EL VIENTO LE DESPEINABA LOS CABELLOS, la edad no le impedía exigirse y correr lo más rápido que podía. No se daba el lujo de descansar, no en esta ocasión. Una sonrisa gigante se dibujaba en su rostro. Había esperado tanto tiempo por este momento.

- Santiago, ¿cuál es la prisa? – se escuchó desde un campo de labranza al lado del camino.
- Shalom amigo Arám, éste es el mejor día, mi primogénito acaba de nacer – respondió Santiago disminuyendo su avance; pero sin detenerse.
- Bendito sea Jehová nuestro Dios. Siga, corra y me saluda a su esposa – dijo Arám mientras levantaba sus manos en señal de alegría.

Santiago levantó su mano derecha para despedirse y apresuró nuevamente sus pasos, no quitaba de su rostro esa sonrisa de felicidad. El camino era un poco pedregoso; pero para él no existía tales piedras que intentaban detenerlo. Era un día nublado con un viento que refrescaba la jornada, como si Dios lo hubiera puesto así para él.

El paisaje se pintaba de un verde único por los retoños de maíz que comenzaban a crecer en los campos, era época de gran trabajo cuidando las siembras y los animales. Pronto llegaría la época de negociar sus productos, de ofrecer ofrendas de agradecimiento y de disfrutar todo el trabajo de campo.

Santiago, de unos 40 años, era un hombre fuerte de complexión robusta, manos grandes y con marcas por el trabajo de labranza. Barba negra, no muy larga, con algunos signos de canas, cabello crespo y desordenado, ojos claros, una sonrisa amigable estaba siempre en sus labios. Era un hombre querido y respetado en su región, era a quien más buscaban para hacer negocio, sabía administrar y era justo en su trato con los demás; siempre tenía una solución para cualquier problema, siempre alentaba a sus trabajadores con una palabra de ánimo y una palmada en el hombro.

Fue su empleado Dodo, el de más confianza, quien corrió a darle la noticia. Tuvo que hacer un viaje de unos quince minutos hacia el campo donde se encontraba su amo. Santiago no terminó de escuchar la nueva y se echó a correr hacia su casa. Dodo le ofreció su caballo; pero la emoción hizo que olvidara todo a su alrededor. La sorpresa, la alegría y ojos cristalizados eran evidentes en Santiago.

Nada podía hacer que se sintiera más feliz, nada podía hacer que se sintiera agotado por la carrera, nada podía hacer que se eleve más de lo que ya se había elevado su alma hasta éste momento. Por muchos años había pedido por un hijo, un varón, su primogénito. Jehová Dios lo había favorecido con un milagro. El viento acababa de llevarse una lágrima.

Había corrido por casi veinte minutos y estaba por llegar a su casa. *“Debo preparar un sacrificio especial a mi Dios”, “haré una gran fiesta por mi hijo”, “bendeciré a mi hijo delante de todos”* – eran los pensamientos que se cruzaban en la mente de Santiago.

Se detuvo justo en la entrada de su casa. Con la manga de su túnica se secó los ojos. Un patio grande lo separaba de la entrada principal, la puerta estaba abierta, las ventanas con las cortinas coloridas flameaban al ritmo del viento. Suspiró profundo y tragó un poco de saliva. Sólo quería estar seguro de que todo esto no se trataba de un sueño, miró para todos lados, había algunas vecinas de los campos cercanos que estaban agitadas y corrían de un lado a otro.

Un criado se acercó para darle una palmada en el hombro junto con una sonrisa. Santiago sintió el abrazo y volvió a la realidad nuevamente;

devolvió la sonrisa mientras miraba a su criado quien le entregaba cariño y respeto por la felicidad que estaba viviendo su familia.

Abigail, la cuñada de Santiago, fue quien gritó y dio la noticia.

- Llegó Santiago, el nuevo orgulloso papá acaba de llegar – gritaba mientras hacía señas para que entrara – ven a conocer a tu hijo.

Santiago quería caminar; pero las piernas no le obedecían. Su mente lo ordenaba; pero su cuerpo estaba bajo una gran dosis de emociones que lo desconectaba por completo de la realidad. Peleaba con todas sus fuerzas para evitar que una lágrima salga por sus ojos. Apretó sus labios, suspiró hondó y comenzó a caminar lentamente hacia la puerta de entrada.

Sus pies sólo dieron seis pasos cuando un llanto lo detuvo por completo. El llanto de su hijo desde dentro de la casa, un sonido que esperaba escuchar hace mucho tiempo atrás; para Santiago, todo se tornó en cámara lenta. El mundo entero se detuvo y él sintió que el universo entero hizo una pausa ante tal acontecimiento.

Miró a su cuñada que le hacía señas de que todo estaba bien, mientras que de su rostro no se borraba esa gran sonrisa de felicidad. Los criados que estaban fuera se abrazaban celebrando el nacimiento del niño. Dodo llegó en su caballo, se detuvo justo en la entrada y bajó inmediatamente para unirse a la celebración.

Santiago comenzó a llorar, las fuerzas le fallaron y las lágrimas comenzaron a salir de sus ojos. Cayó sobre sus rodillas y comenzó a mezclar su llanto con risas. El padre de familia recibía a su hijo.

- Te alabo mi Dios, te bendigo Dios de Abraham, Dios de Jacob, Dios de Isaac, tu misericordia es para siempre. Te doy gracias por bendecirme así – comenzó a decir Santiago mientras aún estaba de rodillas en el patio.

Fue una oración sencilla; fue la oración de un padre.

Dodo, quien miraba toda la escena corrió hacia su amo, lo abrazó y le ayudó a levantarse para encaminarlo hacia donde se encontraba su esposa y su hijo recién nacido.

- Dios miró con agrado a mi amo y lo bendijo en gran manera – fueron las palabras de Dodo y así bendijo a su amo Santiago.

Una de las mujeres que estuvo ayudando en el parto salió para hablar con el amo de la casa.

- Amo Santiago – dijo – su esposa lo está esperando junto a su hijo. Ambos están bien.

Santiago miró a su sierva y le agradeció con una sonrisa, caminó lentamente y por fin llegó hasta la puerta de entrada. Todas las mujeres hicieron un espacio para que él pasara hasta el lugar donde se encontraba su esposa y su hijo en el cuarto contiguo.

- Te bendigo esposa mía – dijo Santiago mientras se acercaba a su esposa – he aquí el fruto de tu vientre, de nuestro amor un milagro de nuestro Dios. Te bendigo Ana, esposa mía.

Ana sólo tuvo fuerzas para abrazarlo y mostrarle a su hijo.

- Es un varón, como tú se lo pediste a Dios – dijo Ana sonriendo con las pocas fuerzas que le quedaban.

El llanto en Santiago aún era incontenible. Besó a su esposa y tomó al niño en sus brazos.

- Tu eres mi hijo – dijo Santiago con una voz entrecortada por el llanto – eres la bendición que esperé por tanto tiempo y hoy llegaste. El Dios de nuestros padres ha mirado con agrado a nuestra familia y nos regaló a nuestro primogénito. Nuestro Dios ha bendecido a tu madre, la bendijo en su enfermedad y la bendijo con un hijo. Yo te bendigo hijo, el Dios de nuestros padres te bendiga para siempre y haga resplandecer su rostro sobre ti.

Todos estaban emocionados en casa. Nadie esperaba esta reacción de Santiago, aunque la comprendieron completamente. Las lágrimas de alegría estaban en todos los ojos.

- Es hora que todos sepan el nombre que tienes para tu hijo – comentó la esposa de Santiago mientras tomaba la mano de su esposo.

Se hizo una pequeña pausa, todos estaban ansiosos por escuchar el nombre del nuevo integrante de la familia. Santiago entregó el bebé a su esposa y se acomodó como para dar un discurso. Aclaró su garganta y comenzó a mirar a todos lo que estaban reunidos, suspiró profundamente mientras se secaba los ojos.

Una sonrisa fue compartida por todos cuando Santiago intentó hablar; pero no supo con qué palabras iniciar. Había algunos criados mirando por la puerta y otros que buscaban lugar en una de las tres ventanas que tenía el cuarto. Todos estaban atentos y ansiosos por conocer el nombre del niño.

- Muchas gracias a todos – comenzó diciendo – solamente me queda decir esto; muchas gracias por acompañarnos en esta hora y disfrutar de esta bendición y de esta alegría. Todos ustedes son familiares muy buenos, amigos y vecinos muy queridos. Muchas gracias a todos ustedes.

Toda la sala se llenó de aplausos y gritos de júbilo.

- Te queremos Santiago – se escuchó.
- Dios los bendijo grandemente – dijo otra voz.

Santiago miró a su esposa y habló nuevamente hacia los presentes.

- El nombre de mi hijo tiene un gran significado, no solamente para mí; sino para toda la familia – dijo e hizo una pequeña pausa, aclaró su garganta nuevamente y continuó – El nombre de mi primogénito es Barrabás, porque es el hijo de un padre; y yo soy su padre, soy un padre que lo ama y no lo va a dejar nunca, él siempre tendrá un padre que lo ame.

En la sala se podía palpar la emoción. Muchos; sino todos, entendían porque puso ese nombre a su hijo. Una historia muy larga que, a lo mejor, se terminaba hoy.

- Esto es para celebrar – dijo rápidamente Santiago – la fiesta debe comenzar ya mismo. Llamen a los vecinos, a los amigos, a los trabajadores del campo, al viajero que pasa por mis tierras. Que todos celebren conmigo. Vamos a hacer un sacrificio a Jehová y celebraremos por el nacimiento de mi hijo Barrabás.

Santiago comenzó a buscar a su criado de confianza.

- Dodo, ¿dónde estás?
- Amo, aquí estoy – dijo Dodo mientras cruzaba la puerta principal de la sala.
- Dodo, ya sabes lo que debes hacer. Es hora de celebrar. Hoy Dios nos ha bendecido a todos y no debemos hacer nada menos que alegrarnos y festejar. Dodo encárgate de todo.
- Como usted diga – dijo Dodo mientras salía y llamaba a otros criados de la casa.

Santiago volvió a arrodillarse cerca de su hijo. Besó a su esposa y acarició las manitas de su bebé.

- Vamos a celebrar hijo mío – dijo mientras besaba la frente del niño – te amamos mi primogénito.

La noticia se hizo conocer por todos los lugares, hasta el poblado más cercano estaban celebrando con la buena nueva.

“Nació el hijo tan esperado de Santiago, nació el niño Barrabás, nació el hijo de un padre”. Esa era la noticia para todos. Era el mensaje que se hacía correr por todos los senderos.

- 2 -

LA LLUVIA ERA FUERTE, DE A MOMENTOS TORRENCIAL; era una lluvia que todos los lugareños esperaban con muchas ganas. Los dueños de los campos de labranzas estaban contentos por esta bendición para sus tierras y sus animales. Era perfecta, era oportuna, confortaba el alma. Sólo una familia no estaba tan alegre. Ni la lluvia, ni el viento fresco; nada podía hacer que el momento fuera menos doloroso para ellos.

Todos estaban pendientes a las noticias que el Mateo, el médico, daría en cualquier momento. De manera inexplicable, Miqueas; quien era el dueño de gran parte de los campos de siembra, había contraído una enfermedad muy infecciosa y al parecer no existía ninguna medicina que pudiera ayudarlo. El médico ya había venido a verlo dos veces y cada vez veía más seria la situación de la salud de Miqueas.

La señora de la casa, Frida, estaba con su bebé de 6 meses en brazos, era el único heredero de esta pareja.

Había silencio en la habitación mientras esperaban que don Mateo termine su revisión en el cuarto donde estaba recostado Miqueas. Las luces de los candelabros se opacaban por algunos relámpagos de la tormenta. Casi nadie decía nada, el silencio era turbado únicamente por los truenos que amenazaban con partir el cielo por la mitad.

Algunos criados estaban atentos a lo que sucedería y esperaban algún tipo de noticia. Otros trabajadores habían venido de sus campos de

labranzas para acompañar a su amo y transmitirle ánimo para vencer esta enfermedad. Todos ellos estaban dispuestos a ayudar con lo que fuera necesario.

Todo tipo de pensamiento se disipó repentinamente cuando en el marco de la puerta se recortó la figura del médico Mateo. Era un hombre alto y con barba larga, cabello castaño con algunas canas que apenas se dejaban notar, ojos grandes y oscuros, algunas arrugas en su frente y una pequeña cicatriz se dejaba notar en su ceja derecha.

El silencio era casi tenebroso, todos miraban al médico; pero el no dijo nada, buscó con sus ojos a la señora Frida. Hizo una seña con su mano para que entrara a la habitación. Ella se levantó, con su bebé en brazos y comenzó a caminar lentamente.

- Usted es una mujer muy valiente y fuerte – dijo el médico cuando Frida pasaba por su lado – nadie hubiera pensado que usted tenga las fuerzas para tener un bebé; pero usted lo hizo. Admiro su fortaleza. – terminó diciendo.

Frida se limitó a mirar al médico y agachó su cabeza, como entendiendo el mensaje que se le daba. Ella se había prometido no entrar en pánico y no descontrolarse, quería cuidar a su bebé y transmitirle fuerzas bajo cualquier circunstancia. Continuó caminando y llegó hasta el lecho de su esposo.

Don Mateo hizo una pausa, miró por un momento a don Miqueas y a su esposa que se acercaba a su cama, suspiró y salió de la habitación, buscó un lugar para sentarse y descansar un poco. Nadie en la sala se animó a preguntar sobre la salud de Miqueas. Casi todos podían percibir la mala noticia.

La lluvia comenzaba a ceder sus últimas gotas, los relámpagos eran más débiles y los truenos eran simples ecos tímidos en el horizonte. Se podía sentir por todos lados el olor a tierra mojada y la piel disfrutaba de la brisa fresca aún con algunas gotas pequeñas.

- Siéntate a mi lado Frida – dijo Miqueas desde su cama.

Frida, con su bebé en brazos, se sentó lentamente aguantando las lágrimas. Ella quería mostrarse fuerte, quería hacer sentir a su esposo que ella se mantendría firme por su hijo.

- Por favor, siéntate un momento y dame a nuestro hijo, quiero verlo – dijo la voz casi apagada de Miqueas.

Frida giró un poco y lentamente acomodó al niño al lado de su padre. Miqueas abrazó a su bebé y unas cuántas lágrimas salieron de sus ojos.

- Tú eres mi hijo, crecerás y deberás aprender a ser valiente. Tú trabajarás esta tierra y alimentarás a muchas personas con tu trabajo, tú serás el mejor hombre de toda esta región. Te bendigo con la bendición de nuestros padres, te bendigo con la bendición del Dios de Israel.

Frida no pudo contener más el llanto. El bebé dormía.

- El médico Mateo no sabe lo que tengo y no sabe qué tiempo de vida me queda, como sabes cada mes he estado empeorando; pero recibo esta mala noticia con calma y a la vez un poco confundido – dijo Miqueas mientras tomaba la mano de su esposa.
- ¿Estás enojado con Dios? – preguntó Frida.

Hubo una pequeña pausa, luego Miqueas suspiró hondo.

- Sí. Me he enojado con Dios y le pregunté el porqué de todo esto – respondió – y trato de hallarle el sentido; pero no lo encuentro. Al final siempre viene a mi mente las palabras de nuestro antepasado Job: “¿Hemos de recibir sólo lo bueno de Dios?”.
- Eres muy valiente Miqueas, siempre lo fuiste – lo animó su esposa.
- No soy tan valiente, sólo sigo confiando en Dios, creo que eso me hace parecer valiente.

Miqueas sonrió.

- Quiero que le enseñes todo sobre el temor a nuestro Dios – pidió Miqueas – muéstrale toda la ley y los milagros que Jehová hizo por

todos nosotros. Nuestro hijo debe conocer a nuestro Dios mejor que nosotros.

Frida simplemente asintió con su cabeza y acarició la frente de su esposo.

- Sé que no es necesario que te pida que cuides a nuestro hijo. Sé que lo harás muy bien, porque eres una mujer muy valiente – terminó diciendo Miqueas.

La tos no le permitió hablar más.

- Por favor descansa – le rogó Frida.

Frida levantó lentamente a su bebé y dejó que Miqueas se acomode para descansar. Salió por la puerta y miró a todos los que estaban reunidos ahí.

- Gracias por su compañía y su preocupación – dijo – Miqueas está tranquilo, en este momento está muy cansado y quiere descansar; por favor vayan ustedes a descansar también.

Todos comenzaron a levantarse lentamente y se despidieron de Frida, nadie quería ser inoportuno y preguntar más sobre el estado de salud de Miqueas.

El médico, un tanto angustiado se acercó y preguntó.

- ¿Estarán ustedes bien?
- Sí – dijo rápidamente Frida – Mi hijo Santiago y yo estaremos bien. Muchas gracias por su tiempo y su paciencia.
- Si necesitan algo más por favor hágamelo saber, estaré atento.
- Muchas gracias, apreciamos eso. – dijo Frida.

El médico puso su mano en el hombro de Frida, fue su manera de animarla, fue la forma de demostrar su respeto y su aprecio por la valentía que ella demostraba ante tal difícil situación. Se acomodó el sombrero, tomó en sus manos la pequeña alforja donde tenía sus medicamentos, se despidió de todos con un gesto y salió de la casa.

El rostro de Santiago se puso triste y pensativo; pero la voz de su pequeño hijo Barrabás fue lo que le devolvió a la realidad nuevamente.

- ¿Nunca conociste a tu papá entonces? – se escuchó la dulce voz del pequeño.

Santiago suspiró y miró a su hijo con una pequeña sonrisa.

- Yo nunca conocí a mi papá. Mi mamá me contó que una semana después, él falleció y nunca supimos qué enfermedad tenía. Siempre recuerdo esta historia y trato de ver el rostro de mi padre, pero no puedo por más que lo intento.
- ¿Quién te contó esta historia papá? – preguntó el niño.
- Mi mamá me la contaba cada vez que podía. Especialmente cuando llovía, ella me recordaba de mi papá y de la vez que él me bendijo para que yo sea un gran hombre y siguiera el camino del Dios de nuestros padres.

El niño sonrió y pensó por un momento.

- ¿Entonces mi abuelo se llamaba Miqueas y mi abuelita Frida? – preguntó la tierna voz del niño.
- Así es. Ellos eran tus abuelos – explicó Santiago.

Hubo una pequeña pausa en la charla.

- ¿Tú vas a vivir mucho tiempo no papá?
- Yo voy a estar contigo hasta que nuestro Dios lo quiera – respondió Santiago.
- Yo quiero que sea por mucho tiempo – dijo rápidamente el pequeño.

Santiago se arrodilló y miró a su hijo Barrabás.

- Escúchame bien hijo, no importa donde me encuentre, yo siempre voy a amarte y voy a estar orgulloso de ti. ¿Sabes lo que significa tu nombre?, tu nombre significa “El hijo de un padre” y eso quiere decir

que siempre tendrás a tu papá y siempre te amaré sin importar dónde estés y lo que hagas. Quiero que recuerdes eso siempre. ¿Me comprendes hijo?

El niño Barrabás miraba fijo a su papá y lentamente movió su cabeza afirmando que entendía todo lo que su padre le había dicho.

- Yo tengo un padre y me ama – repitió el niño.

Santiago lo abrazó fuertemente.

- Y nunca olvides eso – complementó su padre.

Santiago se levantó y tomó la mano de su hijo y caminó hacia su caballo. Terminó de hablar y de dar algunas indicaciones a su criado Dodo y luego subió al caballo a su hijo para luego subir él.

- Es hora de ir a casa – dijo Santiago.
- Además ya tengo hambre – contestó el pequeño.
- Y yo también completó su papá. Cuida bien a los trabajadores – dijo a Dodo.
- Nos vemos luego Dodo – se despidió el niño.

Dodo levantó la mano y se despidió. Santiago sonrió y comenzó a cabalgar de regreso a casa.

- La otra semana es tu cumpleaños ¿qué regalos quieres? – preguntó Santiago.
- Un caballo – respondió rápidamente Barrabás dejando ver su gran sonrisa.
- ¡Un caballo! – repitió Santiago junto con una gran risa - ¿no eres muy pequeño para eso?
- Ya tengo ocho años papá.
- Bueno, tendré que hablarlo con tu madre.
- No papá. Ella me dijo que hablaría contigo y si hablan mucho entonces eso quiere decir que posiblemente no quieran que tenga mi caballo.

Santiago soltó una gran carcajada.

- ¿Ya hablaste con tu mamá de esto?
- Un poquito nada más – dijo picarescamente el niño.
- Bueno, yo creo que es hora que vayas aprendiendo algunas cosas. Voy a pensarlo bien. ¿Te parece?

Barrabás sólo asintió con su cabeza y sonrió. De algún modo sabía que era muy posible que, en este cumpleaños, por fin tenga su primer caballo, un regalo que esperaba hace tiempo atrás.

Santiago se sorprendía cada vez de la inteligencia y de la forma en cómo crecía y se desarrollaba su hijo.

- 3 -

EL TEMPLO ERA EL MEJOR LUGAR PARA APRENDER, por lo menos así lo pensaba el joven Barrabás. Siempre llegaba a casa con algo nuevo que contar. El maestro Asaf tenía el don especial de abrir la mente a sus estudiantes con preguntas que los hacían meditar y cuestionar de manera muy especial; presentaba a los personajes de la historia como nadie más lo hacía.

Asaf era un hombre muy adulto que había dedicado mucho tiempo a enseñar en el templo, había instruido a muchos jóvenes y muchos de los que hoy servían en el templo fueron alumnos de este gran maestro. Hombre callado, casi todo el tiempo se la pasaba leyendo o escribiendo, pelo castaño, poca barba, de mediana estatura. Cada vez que un estudiante le preguntaba algo, por lo general, contestaba con una pregunta que llevaba al estudiante a pensar un poco más y ahí mismo se encontraba la respuesta. Hombre muy inteligente y sabio, los años le habían enseñado a ser un buen instructor, uno muy querido por sus estudiantes.

Barrabás no era la excepción, admiraba a su maestro en gran manera. El maestro Asaf había visto el interés y la sed de aprender del joven Barrabás. Conocía a su padre y a su familia.

Barrabás dedicaba tiempo para aprender lo más que podía para ser orgullo de su padre y para saber más de su cultura y de su pueblo. El personaje favorito, de quien siempre le gustaba escuchar y aprender, era

David; el mejor rey de Israel desde el punto de vista de este joven estudiante. La inteligencia, el valor y la especial forma de tratar a sus soldados. El rey David era un eximio administrador de Israel en todos los ámbitos.

A veces las clases se daban al aire libre, siempre y cuando el clima lo permitía. El maestro Asaf sabía cómo tratar a los estudiantes y sabía todos los detalles para estimularlos a seguir aprendiendo, aun cuando ya no sean sus alumnos.

- El rey David tuvo la confianza en Jehová para ser el salvador de Israel, esa confianza lo llevó a derrotar a ese gigante Goliat. Un salvador es lo que necesitaba nuestro pueblo en aquel entonces, tal como lo necesitamos hoy – dijo Asaf.

Todos los alumnos escuchaban atentos y asimilaban cada una de sus palabras; comprendían que hablaba del Mesías, el salvador tan esperado por el pueblo Judío. Escuchar esas palabras de un hombre como Asaf, era inspirador, alentador y llenaba de esperanza los corazones de todos ellos.

El maestro Asaf casi nunca se acercaba a iniciar una conversación con algún alumno, un alumno debía sentirse honrado si alguna vez el profesor más respetado se acercaba e iniciaba una charla con él.

Barrabás estaba leyendo y pensando. Era la hora de descanso y todos habían escogido diferentes lugares para relajarse, pensar y comer algo.

- Dime algo acerca de lo estás leyendo – dijo la voz profunda de Asaf.

El joven Barrabás no supo cómo reaccionar al comienzo, la invitación a una conversación del propio Asaf lo dejó sorprendido en gran manera.

- Leo un poco sobre... este... leo algo de... leo al Profeta Isaías – dijo en medio de tartamudeos.
- Un gran libro, sin duda – respondió Asaf.
- Sigo analizando algunas cosas... y me falta comprender otras – dijo Barrabás un poco más tranquilo.
- Bueno, dime un ejemplo – dijo Asaf mientras se acomodaba a su lado.

El joven dudo por un momento si era bueno comenzar esta clase de charla con el profesor más inteligente; pero le costaría un poco salir de ahí porque Asaf ya estaba sentado a su lado y esperando una respuesta. Todos los demás miraban de reojo lo que sucedía. Un gran privilegio para este nuevo estudiante.

Barrabás tomó en sus manos los pergaminos y comenzó a buscar lo que le había señalado antes. Sus manos se portaban torpes de a momentos.

- Hace un momento nos habló del Mesías y yo estuve leyendo un poco de eso hace unos días atrás...

El joven hizo una pequeña pausa como dudando de continuar la pregunta, luego suspiró levemente y se animó a continuar.

- Me parece un poco contradictorio las cosas que dice Isaías sobre el Mesías. Sé que todos nosotros lo esperamos como quien nos salvará de la opresión actual, de los romanos; pero estas palabras me hacen dudar un poco, o seguramente no le estoy entendiendo por completo.
- Muéstrame exactamente lo que leíste – pidió Asaf.

El estudiante Barrabás acercó el pergamino y él mismo leyó una parte del mismo.

- Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, pero nosotros lo tuvimos por azotado, como herido y afligido por Dios. Más, él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados.

El joven se detuvo en la lectura y preguntó tímidamente.

- ¿Cómo puede un Mesías, el descendiente de David, dejar que lo hagan sufrir de esta manera?

El maestro Asaf miraba atentamente a su alumno, sobre su mano derecha apoyaba su barbilla y rascaba su poca barba con el pulgar, muy serio y pensativo. Respiró hondo mientras tomaba en sus manos el pergamino que tenía el joven.

- No eres el primero que viene con esa pregunta, al parecer todos tienen la misma duda con esto, y estoy seguro que algunos de esta clase están en la misma situación que tú. Te felicito, son muy pocos que se animan a preguntar algo tan serio y profundo.

El estudiante sonrió levemente y respondió entrecortado.

- Es que admiro a David. Para mí, él es uno de los mejores ejemplos de salvador de Israel, siempre que pienso en el Mesías, me imagino que será muy parecido a ese rey; pero me confunde un poco lo que le acabo de leer.
- No todo es literal mi joven aprendiz – dijo suavemente Asaf – debes aprender a ver algunas cosas como ejemplos espirituales o sucesos del alma.
- ¿Es Mesías no sufrirá ninguna clase de castigo por nada?
- El Mesías será el salvador de Israel, el vendrá a darnos libertad. Hemos sido oprimidos por mucho tiempo, hemos aguantado toda clase de injusticias, muchos de los nuestros nos traicionaron y ahora sirven a nuestros enemigos y recaudan sus impuestos, muchas familias de valientes hombres fueron deshechas... ¿acaso consideras que el Mesías vendrá a entregarse a sí mismo para sufrir? – preguntó Asaf mirando fijamente a su interlocutor.

Se hizo una pausa. Ambos se miraban fijamente. El joven habló lentamente.

- Yo sé que será mayor que el rey David, porque leí que hará muchos milagros... ¿o eso igual debo verlo de manera espiritual y con el alma?
- Todos estamos enfermos en el alma mi muchacho, todos tenemos dolores que les cuesta sanar.
- ¿Todo lo que dice Isaías debe ser visto desde ese punto de vista entonces? – preguntó de inmediato el joven.
- No todo. Necesitas la ayuda del autor de todas estas inspiraciones, solamente Él te ayudará a verlo de manera correcta.

Asaf tenía la fama de ser directo y contundentes en sus respuestas, Barrabás nunca pensó en encontrarse con esta verdad tan pronto. Lo

pensó un poco y decidió aprovechar la oportunidad, al final de todo, no todos los días se tiene a un profesor de esta talla para conversar.

- ¿Cuándo vendrá el Mesías?, ¿Está usted seguro que vendrá?, ¿cómo será su aspecto?, ¿qué clase de milagros hará?, ¿vale la pena tanta espera?, ¿no pensó alguna vez que todo esto puede ser sólo un libro más y que nosotros deberíamos pelear por nuestra propia libertad?
- ¡Basta alumno! – dijo Asaf con voz firme - me haces pensar que lees solamente para cumplir y no asimilando lo que está escrito.
- No es eso maestro...
- Escucha muy bien – dijo el profesor demostrando mucha seguridad – el Mesías va a venir y va a liberar al pueblo de esta opresión; todos estamos seguros de eso; no entiendo por qué estas dudando ahora.

Barrabás pensó un momento y luego agregó.

- No estoy dudando maestro, solamente pienso de la manera en que usted nos enseñó, pienso en las formas en que debo reconocer al Mesías si es que me lo llevo a encontrar de frente, trato de hacerme una imagen de su rostro, de su carácter, trato de imaginarme al rey David y qué cualidades de batalla tendrá este gran Mesías, intento pensar si yo tendré el gusto de pelear a su lado en la liberación de mi pueblo.

Asaf quedó impresionado ante tal argumento, nunca pensó que un estudiante diría tales palabras o que llevaría la lectura de los pergaminos a un análisis tan profundo y tan personal. El maestro se quedó mirando por unos instantes a su alumno.

- Serás un gran hombre. Tu padre debe sentirse orgulloso por tener un hijo como tú. Sigue leyendo y tienes la libertad de preguntarme lo que quieras; pero solamente en los ratos libres.

Asaf se levantó y dio unas palmadas en el hombro derecho del alumno y se alejó de ahí lentamente. El rostro del maestro reflejaba admiración y curiosidad; el alumno plantó en su maestro una pregunta que necesitaba ser pensada y analizada muy bien por este hombre tan inteligente.

- 4 -

EL SOL REGALABA SUS ÚLTIMOS RAYOS DE LA TARDE, había sido un día de mucho trabajo y todo el mundo entregaba sus últimos esfuerzos para terminar la jornada laboral.

El paisaje se levantaba de un color rojizo único y casi hipnótico. La mezcla de colores en el cielo con lo verde de los sembradíos y con el polvo que algunos animales levantaban; era simplemente inexplicable y emocionante. Era un espectáculo irrepetible, nunca antes visto.

Barrabás ya no era ese muchacho que jugaba por los campos y por el río. De a poco, se estaba convirtiendo en un hombre responsable, fuerte y valeroso. Buen administrador y un excelente planificador de los trabajos de campo. Su orgulloso padre, Santiago, había decidido acertadamente cederle el control de los campos de maíz, para que sea su hijo, el mayordomo de todo.

Por mucho que intentaron e insistieron, Barrabás, no se peinaba como su padre. No tenía tanta barba a comparación de don Santiago. Tenía hombros anchos y brazos fuertes para el trabajo, siempre trataba de vestir según la ocasión. Sus ojos claros emanaban amabilidad, su amplia sonrisa demostraba confianza. Cabello un poco rizado, corto y algo oscuro como el de su madre. A veces lo llevaba despeinado como su padre.

Con tan poco tiempo de trabajo, este joven que ya se convertía en un gran negociante. Se había ganado el cariño y la confianza de sus

trabajadores. De alguna manera, Dodo, el empleado de confianza de su padre, había hallado en Barrabás el hijo que nunca tuvo; esto se tradujo en consejos y ayuda para el joven. Juventud y experiencia, sin duda formaban un gran equipo de trabajo.

Cada vez que era necesario, Barrabás y Dodo, se sentaban a conversar después del trabajo, cuando todos levantaban su herramientas, cuando comenzaban a caminar hasta sus casas; para ellos era el momento ideal para planificar, analizar y tomar decisiones.

Dodo siempre repetía lo que Santiago decía. Se dejaba notar por qué era un empleado de confianza, él siempre veía los problemas tal como lo haría su amo.

Barrabás terminaba de arreglar todo y mientras tomaba un sorbo de agua de su odre, pensó en iniciar una conversación que nunca había tenido con su compañero Dodo. Apretó con fuerza la tapa del odre y miró a Dodo que aún acomodaba a su caballo para volver a casa.

- Dodo – dijo Barrabás para llamar la atención de su amigo - ¿tú qué sabes del Mesías?

Dodo hizo una pausa en lo que hacía y miró a Barrabás por un instante. Acomodaba a su caballo para el camino de regreso.

- Esta es la primera vez que me preguntas esa clase de cosas – dijo Dodo sin quitar la vista de Barrabás.
- No pretendo entrar en debate – respondió Barrabás sin parar en lo que hacía – es que... mira somos judíos, conocemos nuestra historia y hemos escuchado alguna vez sobre las profecías de un Salvador; así que solamente quiero saber tu opinión.
- De todas maneras, me sigue pareciendo sorprendente. Déjame pensar un momento.

Barrabás sonrió un poco sin dejarse notar. Dodo pensó un momento y por fin habló.

- No sé mucho, es decir, sólo lo que todos saben y lo que hemos escuchado en las sinagogas. El Mesías vendrá y nos liberará de la opresión romana y reinaremos con Él.
- ¿Sabes algo de cómo será el Mesías? – preguntó Barrabás.
- Me siento como en un examen – comentó Dodo.

Barrabás soltó una risa por el comentario. Dodo continuó hablando.

- Mire amo Barrabás...
- No me digas amo, sólo por mi nombre.
- Perdón, está bien; pero creo que lo importante no es saber cómo vendrá o cómo será el Mesías. Yo creo que lo que más me importa es que todos creemos que va a venir.
- A ese punto quería llegar. ¿Tú crees porque todos creen?
- Yo no quiero entrar en pensamientos profundos joven Barrabás. De lo único que estoy seguro es de que todos nosotros esperamos a alguien que nos libere de estos opresores que no hacen otra cosa que cobrarnos impuestos, matar y destruir familias, llevarse nuestro trabajo y burlarse de nuestras tradiciones. Merecemos que el Mesías llegue en este tiempo.

Dodo montó a su caballo y se quedó en silencio.

- Tenemos un buen camino que recorrer para llegar a tiempo – dijo Dodo.

Barrabás montó lentamente su caballo y de reojo notó que los ojos de su amigo Dodo estaban comenzando a humedecerse. Suspiró hondo y comenzó a pensar que comenzar esta charla no fue tan buena idea.

- No quería incomodarte Dodo – dijo Barrabás a modo de disculpa.
- Está bien, no se preocupe amo...
- No me digas amo – interrumpió Barrabás – somos amigos y compañeros de trabajo.
- Está bien, perdóneme.

Los caballos caminaban lentamente por el camino y ninguno de los dos jinetes se afanó en apresurar el paso. Todos se habían ido y el camino estaba solitario por el momento.

El viento se hacía sentir de a momentos, era oportuno para refrescarse un poco después de un día de trabajo duro. La luz del sol estaba terminando de caer por el horizonte. El silencio comenzaba a ser incómodo, especialmente para Barrabás, en su mente se mezclaban las ideas para tratar de cambiar el ambiente entre ambos y hacer que el camino de regreso a casa sea menos silencioso.

- Ya que usted me dice que soy su amigo...

Interrumpió Dodo haciendo que Barrabás gire su cabeza rápidamente hacia su compañero y sacándolo de sus pensamientos miró fijamente el rostro de Dodo.

- Me gustaría contarle algo sobre mi familia – terminó diciendo Dodo.

El joven amo no sabía si responder algo o dejar que Dodo siga con su charla. Presionó las riendas del caballo y dijo tímidamente.

- Si te sientes cómodo contándome algo así de privado, está bien, te escucho.

Dodo usó una parte de su ropa para limpiarse los ojos y dejó notar que algunas lágrimas trataron de salir de sus ojos.

- Tengo la dicha de haber conocido a su padre en el momento oportuno. Estoy seguro que no conoces mi pasado porque no hablo mucho de eso y le pedí a mi amo Santiago que tampoco lo haga y como veo cumplió su palabra.

Barrabás estaba muy atento. Dodo sólo miraba hacia adelante y marcaba bien sus palabras mientras comenzaba a relatar parte de su vida; la cual, a muy pocas personas había confiado. Dodo era un hombre muy alegre, sociable y muy amable con los demás; pero detrás de ese hombre trabajador se escondía una historia que había marcado su vida de forma permanente. Nunca, nadie pensaría que Dodo podría guardar tantas

experiencias dolorosas en su corazón. Barrabás lo escuchaba atentamente.

Casi todos los días, los amigos de los campos vecinos preguntaban a Dodo sobre su esposa y su primer hijo, él siempre sonreía y contestaba con la misma frase: *“un par de meses más... pronto tendremos noticias, gracias por preguntar”*.

Es que era difícil no demostrar la alegría por esta bendición de Dios para la familia de Dodo, él y su esposa Ana estaban disfrutando de este tiempo.

Era una tarde como casi todas, Dodo se encontraba terminando de hacer negocios en uno de los campos vecinos a unos 15 minutos de camino de su casa, ya estaba retornando y quería llevar un regalo especial para su familia.

La mente de Dodo estaba concentrada en los planes para la semana, en compras de los regalos para su bebé, planeaba la fiesta de celebración por la llegada de su primogénito, pensaba en el nombre de su hijo. Tantos pensamientos en la cabeza de alguien notoriamente impedían que alguien esté conectado con la realidad o que a veces este concentrado en alguna conversación.

- ¿Está quemando la cizaña del campo tan pronto mi querido Dodo?

Fue la pregunta de un amigo. Dodo sonrió un poco y lo miró un poco confundido por el comentario.

- El humo que se ve por la zona de tu casa – dijo el amigo apuntando con el dedo a una pequeña columna de humo.

Dodo miró fijamente y trató de calcular si el humo venía realmente de su casa.

- No creo que venga de mi casa, a lo mejor del campo vecino – contestó Dodo – mi quema estaba planeada para la semana siguiente.
- Bueno sólo comentaba. Felicidades por el bebé, estaremos atentos para ir a celebrar con ustedes.
- Muchas gracias.

Dodo fijó la vista en la columna de humo y dudó un poco de ir a ver si el fuego era en su casa, no era normal que se quemaran las hierbas del campo y además él no había instruido que se haga ninguna quema. *Debo hacer otras compras todavía* - pensaba mientras daba pasos cortos.

Mientras aún pensaba y se animaba a ir a ver a su esposa en casa una fuerte voz gritó a sus espaldas.

- Dodo, es tu casa.

Dodo quedó sorprendido.

- ¿Están quemando en mi casa?
- No Dodo tu casa se quema.

El rostro de Dodo no terminaba de caer en el asombro, miró nuevamente hacia el lugar del humo.

- ¿Cómo lo sabes? – preguntó Dodo con voz fuerte y muy preocupado.
- Vengo de ahí Dodo, pasaba por tu casa...
- ¿Viste a mi esposa?
- No había nadie, no vi a nadie...
- Dame tu caballo, debo llegar rápido a mi casa.

Dodo apresuró lo más que pudo al caballo y llegó a su casa.

Su casa estaba en llamas. Dodo no sabía si gritar, las piernas no obedecían, las lágrimas comenzaban a inundar sus ojos; sólo quería gritar.

- Mi esposa. ¿dónde está mi esposa?...

Preguntaba casi a media voz. Al fin comenzó a gritar y a buscar por todos lados, casi por perder la cordura, casi entrando en descontrol.

- Quiero ver a mi esposa. Mi hijo está con ella, quiero ver a mi esposa, yo la dejé dentro de casa.

Algunos vecinos y amigos llegaron para ver y ayudar, fue en el momento justo, Dodo amenazaba con entrar a buscar a su esposa dentro de la casa en llamas.

- Debo entrar a sacar a mi esposa – gritaba Dodo mientras forcejeaba con su vecino – mi hijo está con ella.

El llanto de desesperación e impotencia se dejaba sentir en la voz de Dodo.

- Yo quiero estar con ellos – decía Dodo y a la vez buscaba la forma de entrar a la casa casi consumida por el fuego.
- No hagas eso Dodo, no hagas locuras – decía Dorcas, una amiga de la familia.
- Yo debo estar con mi familia, si ellos se van yo debo irme con ellos.

Casi todos los vecinos y amigos habían llegado, muchos curiosos miraban desde lejos y se sorprendían al ver la escena; otros trataban de entender la situación.

Dodo continuaba forcejeando y llorando en el suelo.

- Voy a entrar – dijo mientras se ponía de pié nuevamente.
- No lo hagas por favor.
- Voy a estar con mi familia hasta la muerte – dijo demostrando rabia e impotencia.

Otro grupo de amigos llegó al lugar y entre ellos estaba Rut, una jovencita y amiga de Dodo.

- Dodo, tu esposa fue secuestrada, se la llevaron los soldados junto con otros que estaban trabajando en tu casa.
- ¿Los soldados romanos hicieron todo esto? - preguntó Dodo mirando sorprendido a Rut.

- Yo estaba mirando desde lejos y corrí a esconderme cuando los soldados comenzaron a irse llevando a tu esposa y a otros; pensé que a mí también me llevarían.
- ¿Por qué los soldados harían algo así? – se dijo Dodo.
- Perdóname Dodo, debí buscarte buscado y no esconderme, me siento muy mal por esto...
- No te culpo Rut – interrumpió Dodo – hiciste bien en esconderte.

La mente de Dodo trataba de entender la situación, miles de pensamientos cruzaban su cabeza, una mezcla de sentimientos le inundaba el pecho, pensaba en venganza; pero a la vez de abrazar a su esposa y a su hijo que aún no nació. *“Esto no debe estar pasando...”* se decía para calmarse un poco, *“Dios, esto no es justo...”*

Había personas de campos vecinos y amigos que ayudaban a salvar algunas cosas de la casa, arrojaban arena y agua para detener el avance del fuego; pero el incendio ya había consumido gran parte de la vivienda. Las caras demostraban asombro, pena y desesperación. La mayor pena se centraba en Dodo, quien yacía en el suelo, como inmovilizado y desconectado de la realidad, miraba en una sola dirección, su vista se perdía en el infinito.

De repente, sin previo aviso y para sorpresa de todos, Dodo se levanta.

- Voy a traer a mi esposa y a mi hijo – dijo.

Avanzó firme hasta el camino por donde dijeron que se habían ido los soldados romanos.

El joven Barrabás escuchaba atentamente. Dodo hizo un pequeño silencio, se notaba en su rostro que la tristeza aún no había sido calmada del todo.

- ¿Fuiste a recuperar a tu familia? – preguntó Barrabás.

Dodo sólo se limitó a afirmar con su cabeza mientras apretaba los labios para impedir que una lágrima salga por sus ojos. Suspiró hondo.

- Estaba decidido a recuperar a mi esposa y a mi hijo, pregunté por todos lados cómo llegar y tratar de tener una entrevista con el gobernador romano.
- ¿Quién era?
- Su nombre era Herodes, era nuevo en el cargo – contestó Dodo.

Se dejó sentir un silencio.

- A veces pienso en mi esposa y en mi hijo – continuó hablando Dodo – me imagino la risa y la carita de mi hijo, imagino las veces en que debimos estar en la mesa compartiendo la comida...

El llanto no le dejó continuar, sus ojos no pudieron soportar la tristeza que aún vivía en su memoria.

- ¿Por qué lo hicieron? – fue la pregunta obvia del joven Barrabás.

Dodo suspiró hondo.

- Estoy seguro que fue por un publicano, podría jurar mi propia vida que fue por la culpa de ese cobrador de impuestos.
- No entiendo – dijo Barrabás.
- Tuve una discusión con un publicano, me di cuenta que lo que me pedía para pagar no era el monto correcto, no estaba bien. Yo me molesté tanto que tiré el dinero del pago que yo consideraba justo y me volví a casa. Apenas pasaron tres semanas y sucedió todo eso. Fui a buscar a mi esposa; pero terminé en la cárcel.
- Y fue ahí donde mi papá te encontró... - complementó el joven.

Dodo solamente asintió con la cabeza.

El viento soplaba una brisa fresca mientras se acercaban a la casa. Dodo trataba de limpiarse los ojos para evitar que se notara que había llorado.

Ambos caballos llegaron a la entrada principal de la casa, la mamá de Barrabás les levantó la mano, saludando desde dentro de la casa, dando la bienvenida, unos sirvientes tomaban lebrillos en sus manos para ponerles agua y lavarles los pies antes de que entren a casa.

Lentamente bajaron de los caballos.

- Mi padre, antes de morir, me dijo algo que aún recuerdo y pienso – habló Dodo – *“cuando encuentres al Mesías, cuando lo veas y sepas que es él, síguelo y no dudes en hacerlo”*.
- ¿Qué quiso decir?
- No lo sé; pero siempre he considerado a mi padre una persona muy sabia; pero a veces pienso en reclamar a ese tal Mesías por qué no vino antes.
- ¿Por qué un gobernador daría la orden para quemar tu casa y destruir tu familia?
- Mi joven amigo – contestó Dodo – tu bien sabes de lo que son capaces, recuerda lo que escuchaste cuando tenías 10 años, este mismo Herodes mandó a matar a niños inocentes porque creyó que el Mesías había nacido.

Barrabás suspiró lentamente.

- Lo recuerdo – respondió.

Dodo caminó lentamente hacia la casa. Barrabás se quedó pensando en todo lo que había escuchado, trataba de hacer que todas las cosas tengan sentido, intentaba sacar esa impotencia de su mente, peleaba por no sentir esa sensación de venganza en su corazón.

- 5 -

EL JOVEN BARRABÁS SE HABÍA QUEDADO toda la mañana en casa. Desde temprano había sentido el deseo de hablar con su padre. El jefe de la casa, don Santiago, por lo general estaba ocupado realizando negocios con gente de otros pueblos que pasaban por ahí o con personas que venían de la ciudad para llevar granos, panes, harina o algo de ganado. El trabajo era arduo e intenso algunos días; pero toda la familia lo disfrutaba.

Don Santiago había notado un tanto pensativo a su hijo; pero prefirió no comentar nada de eso. Ambos, padre e hijo, hacían los negocios y comerciaban muy bien. *“De tal palo tal astilla”*, solía decir la gente.

La mañana llegaba a su fin. El clima estaba perfecto, el sol se dejaba ver tímidamente entre las nubes, el viento daba la frescura necesaria para que el trabajo en el campo sea llevadero. La temporada de lluvias y calor estaba siendo aprovechada al máximo por los lugareños y los cultivos.

Era el momento oportuno. Don Santiago se encontraba solo y miraba lo que aún tenía para vender. Aunque no solía decirlo; pero el dolor en su cadera le impedía moverse con más facilidad y hacer sus tareas cotidianas como a él le gustaba hacerlas.

El joven Barrabás se acercó y observó a su padre; trató de no interrumpir si es que estaba haciendo algo importante.

- Quieres hablar conmigo y por eso te quedaste – comentó don Santiago y luego tomó un poco de agua.

Barrabás quedó sorprendido y no supo cómo contestar. Casi tartamudeando dijo.

- Sí, quiero hablar contigo un momento.
- Hijo, te he dicho muchas veces que no es necesario que busques el momento en que este menos ocupado, búscame y hablemos sobre lo que quieras.
- Lo sé papá; pero de verdad no quería... bueno no estaba seguro de hablar de esto contigo...
- Bueno, dime de qué quieres hablar – interrumpió su padre.
- Son dos cosas. La primera es una duda y la segunda es una petición – contestó el joven hijo.
- Estoy atento.

Barrabás respiró hondo y preguntó sin vueltas.

- ¿Qué crees tú sobre las profecías del Mesías? ¿Crees que es real éste Mesías o estamos esperando en vano? ¿Qué harías tú si te encontraras al Mesías? ¿Crees que realmente nos liberará de los romanos?...
- Esas son muchas dudas – interrumpió don Santiago un tanto sorprendido y con una leve sonrisa en los labios.

Don Santiago miró a su hijo y ambos sonrieron.

- Tú escuchaste mucho sobre el Mesías y recuerdo que lo comparaste con el rey David. Muchas generaciones lo esperaron, hasta hoy lo esperamos y como tú he tenido mis dudas. Otros no creen que vendrá y quieren liberarnos por su propia mano...
- Los Zelotes – comentó Barrabás.
- Exactamente ellos.
- Asesinos, disidentes, rebeldes y extremistas...
- Creo que prefieren que los llames Zelotes – comentó don Santiago.
- No importa el nombre, cometen crimen papá...
- Bien que lo comentas hijo... te pregunto, ¿qué harías si ellos tienen la razón sobre el Mesías?

La duda fue evidente en el rostro de Barrabás.

- Ahora, no digo que ellos tengan la razón – continuó don Santiago – pero en cuanto a este tema, he aprendido que tengo que esperar y confiar. Nuestro Dios habló por los profetas y dudo mucho que no cumpla lo que habló hace mucho tiempo atrás; aunque parezca que nada vaya a pasar.
- ¿El Mesías nos libraré de los romanos papá? – preguntó inmediatamente Barrabás.

Don Santiago miró a su hijo como tratando de entrar a su mente y entender lo que él estaba buscando con esas preguntas.

- Trato de entender la razón de tantas preguntas sobre el Mesías, hijo mío.
- Dodo me contó su historia papá – respondió rápidamente el joven – y eso fue injusto. Recuerdo lo que pasó a tantos niños cuando yo tenía unos nueve o diez años, eso fue cruel. Cada día escucho sobre muchas cosas injustas que pasan...
- Las injusticias siempre estarán con nosotros hijo – interrumpió don Santiago – y eso es porque nosotros así lo decidimos.
- ¿Nosotros decidimos nuestras injusticias? – preguntó Barrabás.
- Cada vez que nos alejamos de Dios, nos abrazamos de las injusticias. A veces nos suceden cosas que parecen que no son justas; pero es simplemente porque no estamos con quien de verdad nos puede ayudar a evitarlas... y aun así somos tan descarados al preguntar ¿por qué Dios permitió que suceda esto?

El joven quedó pensando por un momento, trató de hallar sentido a lo que su papá le decía.

- No me cabe en la cabeza que haya tanta injusticia. Si el Mesías tiene que venir para liberarnos de la opresión de los romanos, ¿por qué esperar tanto? ¿por qué permitir que tantos de nuestros hermanos tengan que morir? ¿por qué muchas familias se destruyen?
- No tengo respuesta para esas preguntas; pero escucha algo hijo mío, Si el Mesías viene en estos tiempos, yo quiero verlo, yo quiero hablar con él, quiero ver lo que puede hacer en nombre de Dios.

- ¿Te unirías a su causa?

Don Santiago sonrió un poco y respondió marcando sus palabras.

- Yo no sé si el Mesías viene a librarnos de los romanos o de nuestros jefes religiosos, no sé si viene a condenarnos por abandonar su ley o a darnos una oportunidad para volver a Dios; sólo puedo asegurarte algo, yo quiero seguirlo, sea donde sea que vaya, quiero escuchar todo lo que tenga para decir y entender así lo que las profecías nos quisieron decir. Puede que eso sea de buen consejo para ti también – terminó diciendo don Santiago.

Entre ambos se formó un silencio. Don Santiago sabía que su hijo estaba analizando todo lo que escuchó y trataba de entender a cabalidad.

Algunos de los obreros de la casa comenzaron a salir para descansar y comer algo.

- La mesa estará lista en un momento – dijo doña Ana desde la cocina de la casa.

La mente de Barrabás trataba de cuadrar todo bajo su propia lógica; pero le resultaba casi imposible hacerlo. Don Santiago lo miraba y esperaba algún tipo de reacción de parte de su hijo.

- Amo Santiago – interrumpió un obrero – tenemos todo listo para continuar con el trabajo en el campo pequeño.
- Buen trabajo – comentó don Santiago – avísame para que mi hijo vaya con ustedes y les ayude con el trabajo.
- Sí señor.

Barrabás le dio poca atención a lo que dijo el obrero.

- No tienes que pensarlo todo en este momento hijo mío, toma tiempo, analiza con calma y decide tu posición.

Don Santiago suspiró. Luego continuó hablando.

- No dejes que el odio y el rencor llenen tu corazón; ellos te llevarían por caminos sinuosos, por sendas oscuras para tu alma... y es posible que no encuentres retorno.

El joven solamente se limitó a mover su cabeza aceptando el consejo de su padre.

- ¿Sabes que yo pasé por las mismas dudas en mi juventud?
- ¿Dudas de la venida del Mesías?
- Muchas cosas hijo, muchas otras cosas... y pensando bien, creo que yo tengo la culpa de tus dudas hoy, creo que te heredé esa curiosidad y ese afán de que todo cuadre a mi modo de entender.
- Sí papá, soy como tú en ese sentido... y de eso no hay duda.

Se miraron y rieron.

- Creo que tu mamá tuvo mucho que aguantar y por muchos años. Realmente me tuvo mucha paciencia... pensando bien, me tiene mucho amor.

Barrabás sonrió de manera picaresca.

- Y es de eso de lo que quiero hablarte también.
- ¿De tu madre?
- No papá...

Don Santiago soltó una carcajada y palmeó la espalda de su hijo.

- Sé de lo que quieres hablarme hijo, lo sé. Además sé de quién se trata.
- ¿Lo sabes? – dijo sorprendido Barrabás.
- Bueno, en realidad lo sospecho. Soy tu padre y conozco a mi hijo.

El rostro del joven amo comenzó a sonrojarse un poco y ambos sonrieron.

- Bueno, a ver dime tus sospechas – desafió Barrabás.
- No, cuéntame tú lo que pasa.
- Se trata de Keren...
- La hija de mi gran amigo Benami – interrumpió don Santiago.
- Ella misma – complementó el joven Barrabás.

- Te felicito hijo, ella es una gran mujer y fue criada de manera muy ejemplar. Tu madre estará orgullosa por haber elegido a esta mujer para tu esposa.
- Ella te respeta mucho papá, estuvimos hablando y ella tiene mucho respeto por esta familia; además que ustedes son muy buenos amigos de sus padres.
- Te propongo algo hijo.
- Dime papá.
- Preparemos un presente especial para esa familia y vayamos a visitarlos el día antes al día de reposo. Yo estoy muy seguro que mi amigo Benami estará complacido con que nuestros hijos se comprometan.

Barrabás asintió con la cabeza y aceptó la idea de su padre. El rostro del joven se transformó por completo. Abrazó a su padre y le ayudó a levantarse de su silla para entrar a la casa y comer algo.

- Por favor no le cuentes nada a mamá aún por favor.

Don Santiago miró a su hijo y sonrió.

- Te entiendo hijo... y entiendo lo emocional que es tu mamá que de seguro se afligirá por detalles, cosas para hacer y qué llevar de regalo para la futura novia...
- Y no olvides que de seguro va a llorar mucho – añadió Barrabás.

Ambos caminaban lentamente hacia la casa, doña Ana estaba terminando de acomodar todo para la comida.

- Gracias por escucharme y por tus palabras, papá.

Don Santiago miró a su hijo, le guiñó un ojo y lo abrazó.

- Justo estaba por llamarlos para que vengan a comer – dijo la mamá Ana que salía al encuentro hasta la puerta.

El día fue de lo más normal. Luego de la comida, el joven Barrabás ayudó en el campo, en la separación de la hierba mala y de la cosecha de trigo;

pero los pensamientos y las preguntas no dejaban su cabeza y a veces parecía algo distraído.

- 6 -

LA CHARLA ENTRE LOS COMPAÑEROS DE TRABAJO era única y apropiada para el retorno a casa después de un largo día de trabajo. Cada uno en su caballo, cabalgaban sin apresurar el paso.

- No puedo creer que mañana van a visitar a la familia de don Benami – decía Dodo.
- Así es y literalmente tenemos los regalos listos para la visita – contestó Barrabás.
- ¿Estás nervioso?
- La verdad... a veces, pensando bien; creo que cuando pienso en la visita a la casa de Keren, me pongo nervioso.
- Creo que era lógico que tú eligieras a esa señorita como tu esposa, es muy inteligente y será una gran señora de casa, además que el amo Santiago y don Benami son muy buenos amigos.
- Eso mismo me comentó mi papá.
- No tienes de qué preocuparte, quédate tranquilo, todo va a estar bien.
- Claro, dilo así de tranquilo, que seré yo quien esté mañana como el centro de atención junto con Keren.

Dodo se limitaba a sonreír e imaginarse cómo estará su amigo en el momento en que comience la visita en la casa de don Benami.

- Trato de imaginarme su cara – dijo Dodo mientras sonreía un poco.
- ¿Te estas burlando Dodo?

- Me gustaría estar con ustedes mañana, sólo para verte hablar con tanto nerviosismo le hará hablar – interrumpió Dodo con una gran sonrisa.

Barrabás sonrió junto con su amigo Dodo.

- ¿Crees que es correcto que haga esto? – preguntó Barrabás en un tono más serio.

Dodo sabía la razón de la pregunta, sabía que en el corazón de su amigo Barrabás existía la lucha por dejar a sus padres y comenzar su propia familia.

- Es una dura batalla que todo hijo único sufre, creo entenderte un poco – contesto Dodo.
- ¿Tú eras hijo único? – preguntó Barrabás.
- No, yo no. Mi esposa era la única hija y heredera. Ella estuvo mucho tiempo dudando y tratando de convencerse a sí misma que casarse conmigo y dejar a su familia era lo más acertado que podía hacer como hija.
- Debió ser muy difícil para ella.
- No podría decir a qué punto fue difícil para ella; pero yo estuve ahí para ayudarla en lo que sea necesario.
- Soy el único hijo de don Santiago y doña Ana, me tuvieron de grandes y los amo por haberme cuidado todo este tiempo; pero a veces siento que les estaré fallando al irme cuando más me necesiten.
- Puedo prometerte algo amigo Barrabás, si tú quieres podemos hacer este pacto de amistad.

Dodo detuvo su caballo y miró fijamente a Barrabás, puso su mano derecha en el hombro de su amigo y pronunció estas palabras a modo de pacto.

- Vive Jehová, que yo, tu amigo, hermano y compañero cuidaré de tus padres hasta el final de sus días, estaré con ellos como tú mismo lo harías y me entregaré a mí mismo para salvar la vida de ellos ante cualquier peligro.

Barrabás quedó emocionado por las palabras de su amigo Dodo, él sabía que no eran meras palabras, sabía que el amor de Dodo por su familia era real e incondicional.

- Gracias amigo Dodo, siempre te consideraré mi amigo, mi hermano mayor y mi consejero. Sé que el amor por mi familia hace que tu palabra valga más que la de mil hombres.

Dodo sonrió y agradeció asintiendo con su cabeza. Barrabás puso su mano derecha en el hombro de Dodo y así, se consolidó un pacto entre amigos.

Ambos continuaron el camino a casa.

- Entonces, tienes todo el permiso para ponerte nervioso mañana cuando visiten a don Benami – comentó Dodo a modo de broma.

Barrabás se golpeó la frente con la palma de su mano y sonrió, otra vez se puso a pensar en el asunto de la visita de compromiso. Ambos comenzaron a sonreír.

No terminaron de calmarse después de la broma, cuando uno de los trabajadores de la casa de don Santiago apareció por el camino, un tanto nervioso, detuvo su caballo frente a ellos. Barrabás preguntó rápidamente.

- Daniel, ¿qué pasó en casa? ¿le pasó algo a mis padres?
- No amo Barrabás, ellos están bien – dijo nerviosamente Daniel.
- Ya cálmate hombre – dijo Dodo – cuéntanos qué pasa, ¿por qué esa cara de asustado?
- Llegaron unos hombres a la casa de mi amo Santiago, están heridos, al menos a uno vi en muy mal estado, no estoy seguro; pero escuché decir que eran Zelotes y que...

Barrabás no terminó de escuchar a Daniel y comenzó a galopar lo más rápido que pudo hacia su casa.

- No te preocupes, ve a tu casa y quédate ahí hasta que te llamemos – dijo Dodo a Daniel y comenzó a seguir a Barrabás.

El caballo se detuvo rápidamente, todos en la casa estaban nerviosos y caminaban de un lado a otro. Barrabás saltó de la montura y comenzó a caminar hacia su casa. Dodo llegó casi al mismo tiempo y tomó a su amigo por el brazo.

- No hagas tonterías Barrabás, cálmate por favor.
- No tienen derecho a involucrarnos de esta manera.
- Por favor habla con tu padre, busca la razón por la que recibió a estos hombres.

Barrabás miró a su amigo y respiró hondo, sabía que Dodo tenía razón en lo que aconsejaba y comenzó a calmarse.

- Hijo mío, llegaste a tiempo – dijo don Santiago.
- Papá, ¿qué hiciste? ¿por qué recibiste a estos hombres?
- Hijo, tú sabes que tu madre y yo no negamos la ayuda a quien lo necesite, estos hombres llegaron con heridas y uno de ellos tiene una herida muy seria en su costado.
- Papá, son asesinos, rebeldes, son...
- Son Zelotes, lo sé hijo, sé quiénes son; pero también sé que necesitan nuestra ayuda. Tranquilo hijo, no nos harán daño.
- ¿Dónde está mamá?
- Terminando de atender a los heridos.
- ¿Mamá está haciendo qué...?

El gesto de frustración en el rostro del joven Barrabás fue completamente notorio. Sin pensar se encaminó a buscar a su madre.

Casi al mismo tiempo se recortó por el umbral de la puerta una figura corpulenta. Barrabás se detuvo de inmediato.

Era el líder de la milicia. Hombre grande y bien fornido. Su rostro reflejaba las señales de su última batalla, llevaba un ojo casi cerrado, un trozo de tela a modo de venda bordeaba su cabeza y cubrían lo que era un corte en su frente, barba abundante, sus ojos parpadeaban poco cuando miraba fijamente. Se notaba en su caminar que también tenía una herida en su pierna izquierda.

- Tú debes ser el hijo de la casa.

Fue la primera frase que salió de la boca de este visitante inesperado.

- Me llamo Safat; pero muchos me conocen por mi sobrenombre, *El César*.

Barrabás no sabía si mirarlo fijamente.

- Queremos agradecer su ayuda y sus medicinas – dijo Safat mientras miraba a don Santiago.
- Espero que sea de ayuda para ustedes – contestó don Santiago.

Las dudas invadieron nuevamente la mente de Barrabás; pero un valor desconocido inundó su pecho y habló directamente con este hombre apodado “El César”.

- No quiero ser grosero ni deshonar la gentileza de mi familia al recibirlos; pero... sabemos quiénes son y que no se llevan bien con los soldados romanos; pero de alguna manera nos están involucrando a nosotros también.

Safat miró a Barrabás y le contestó lentamente.

- Hace mucho tiempo que nadie me hablaba de esta manera, tienes agallas Barrabás, serías un gran Zelote.

Barrabás tragó saliva y Safat sonrió de lado.

- Es solamente una duda – contestó el hijo de la casa sin desviar la mirada.
- Sólo necesitamos las medicinas, con eso ustedes nos ayudaron mucho y no pedimos más; tampoco queremos causar problemas, tenemos suficientes con estos romanos, nos iremos en un par de horas, en la madrugada cuando nadie nos vea.
- Preparemos algo para que puedan llevarse – comentó don Santiago.
- No será necesario – contestó El César sin quitar la mirada de Barrabás.
- Tómelo como una ayuda nuestra – insistió don Santiago.

El César se quedó en silencio por un instante, no quitaba la mirada de Barrabás, levantó su pulgar derecho, se tocó la sien tres veces y luego apuntó hacia el rostro de Barrabás.

- Serías un gran Zelote – dijo El César.

Barrabás, a pesar del temor que inundaba su cuerpo, no quitó la mirada de El César, trataba de mantener el ritmo de su respiración aunque su corazón latía tan rápido que parecía que se saldría de su pecho en cualquier momento. El César se tomó la pierna izquierda para ayudarse a caminar y entró nuevamente a casa.

- Joel, nos vamos en la madrugada, buscamos a los otros y nos marchamos.

Se escuchó desde dentro de la casa. Era la orden de El César hacia su otro compañero que estaba siendo atendido.

- ¿Hay otros? – preguntó Barrabás.
- Están en la casa de mi amigo Benami – contestó don Santiago.
- ¿En la casa de Keren? – preguntó sorprendido Barrabás.
- Tranquilo hijo, se irán pronto, el jefe lo dijo, por favor quédate tranquilo.

Dodo se acercó a Barrabás y trató de calmarlo, lo abrazó y apretó su hombro a modo de mantenerlo tranquilo.

- Esto nos puede traer problemas – comentó Barrabás y se retiró de ahí.

Don Santiago no dijo nada, buscó con la mirada a Dodo y suspiró hondo.

La oscuridad se hizo presente y las luces de los candelabros era muy necesario, algunos sirvientes de la casa se encargaron de encender y ubicar en diferentes lugares las luces necesarias.

Las nubes tomaron el control del cielo y algunos truenos distantes amenazaban con una tormenta para aquella noche, noche que se convertía casi en pesadilla para Barrabás.

Algunos de los sirvientes hablaban de lo ocurrido, de la llegada de estos Zelotes, casi todos se encontraban temerosos y preocupados; pero de algún modo, sabían que estaban haciendo lo correcto sólo porque don Santiago había ordenado ayudar a estos rebeldes y disidentes del Imperio de Roma.

Barrabás estaba sentado cerca de la salida principal, un candelero colgado de un palo le daba la luz necesaria para comer un poco. Dodo, salió de casa, miró para todos lados y luego se dio cuenta que su amigo estaba solo, quiso hacerle compañía y se acercó a él.

- ¿Sigues preocupado? – fue lo primero que preguntó Dodo.
- Estoy ansioso, esperando la hora en que se vayan de una vez... y me preocupo por Keren y su familia.
- Se van en pocas horas, sólo es cuestión de tiempo.
- No me moveré de aquí hasta verlos ir.
- Está bien, como digas.

Barrabás comía un pedazo de pan y algo de guisado de carne.

- Gracias por acompañarme y por ayudarme a no hacer algo sin pensar – dijo Barrabás.
- Está bien, solamente traté de ayudar a tu padre a calmarte.
- ¿Quieres comer un poco?
- Estoy bien, acabo de comer algo adentro.

El ambiente se mostraba tranquilo; pero dentro del pensamiento de algunos estaba la desconfianza y la duda de cómo vaya a terminar todo esto. Los Zelotes eran muy conocidos por ser violentos, asesinos y mercenarios no sólo de los soldados romanos; también de aquellos judíos que se prestaban en ayudar a sus opresores; para los Zelotes eso significaba la más vil traición a su pueblo, a su cultura, a su Dios y la muerte era el pago correcto para ellos.

- ¿Cómo están nuestras visitas? – preguntó Barrabás de manera sarcástica.

- El César está mejor, por lo menos ya no sangra tanto. Su compañero, Joel, parece que vivirá; pero tendrá que ser muy fuerte si piensa en seguir viaje junto con su líder.
- ¿Sabes qué es lo que les pasó?
- Un asalto a una guardia romana – comentó Dodo – no les salió como planearon y perdieron a muchos hombres ahí. Bueno eso fue lo que escuché decir.
- Parece que fue una pelea muy sangrienta.
- Y yo creo que estos tuvieron suerte de llegar hasta aquí – añadió Dodo.

Barrabás suspiró. Casi todos se habían retirado a descansar, la noche era completamente oscura. Un viento fresco era el encargado de llevar más lejos los relámpagos, solamente algunas gotas tímidas se dejaron sentir.

- ¿Por qué crees que se hace llamar El César? – preguntó Barrabás.

Dodo se acercó un poco, como quien se acomoda para contar un secreto.

- Escuché hablar de este hombre, es uno de los más buscados por las guardias romanas.
- ¿Es decir que no sólo tenemos a un simple Zelote en casa; sino que es uno de los rebeldes más buscados por los romanos?

Dodo simplemente movió su cabeza afirmativamente y añadió.

- Lo de su sobrenombre, en realidad no sé mucho... sé que los romanos mataron a toda su familia cuando él era muy joven...
- En realidad, mataron a mi madre y mi hermano de un año – interrumpió una voz profunda y casi tenebrosa.

De en medio de la oscuridad salió El César, justo detrás de Dodo y Barrabás. Lentamente y aun cojeando de la pierna izquierda se paró justo delante de ellos. Sostenía un vaso con vino y en su cintura llevaba una espada de doble filo y la venda en su cabeza ya no tenía tanta sangre.

- Era temprano en la mañana – comenzó a hablar El César – yo me preparaba para ir a trabajar al campo, a recoger las sobras de lo que dejaban los segadores. Mi padre había muerto un año atrás, mi madre

y yo tuvimos que trabajar para comer. Mi hermano tenía un año. Los soldados llegaron a nuestra casa, no dieron razón, no dijeron nada, no sintieron lástima...

El César hizo pausa para luchar con el nudo en su garganta. Luego, lentamente siguió relatando.

- Mi madre trató de defender a mi hermano; pero a ella también la mataron. Yo fui herido en mi costado, me tiraron a un pozo y me dejaron por muerto. Mis tíos fueron los primeros en ayudarme. Yo sólo quería morir para estar con mi familia, no paraba de llorar y de jurar venganza por lo que hicieron estos miserables romanos. Tiempo después me enteré el porqué de esta matanza sin sentido; Herodes había mandado matar a todos los niños menores de dos años, todo por temor al Rey de los Judíos, que supuestamente ya había nacido. ¡Qué valiente gobernador que manda a matar a niños inocentes! Me prometí vengar a mi familia, de ahí en adelante, sólo fue cuestión de tiempo hasta que conocí a los famosos Zelotes.

Se hizo una pequeña pausa, El César tomó un sorbo de vino y preguntó, mirando a Dodo.

- ¿Es esa la historia que escuchaste sobre mí?

Dodo no se animó a responder. Barrabás lo miró y preguntó.

- ¿Por qué te dejas llamar El César? ¿No es acaso ese el título conferido al Emperador de los romanos?

El César sonrió.

- Esa es una gran historia. Preparamos por tiempo un ataque para el gobernador Herodes, habíamos esperado por mucho tiempo para llevar a cabo este ataque. Tuvimos paciencia, realmente tuvimos mucha paciencia hasta el gran día. Todos estábamos listos y en nuestro lugar. Creo que fuimos afortunados al ver llegar la guardia real del Emperador de Roma, tal como lo oyen, no sabemos cómo pasó; pero ahí estábamos listos para atacar al mismo Emperador que había venido de visita a nuestras tierras.

- ¿Qué pasó? – preguntó el curioso Barrabás.
- Nuestro líder dio la orden de ataque... y lo hicimos. Pero creo que el no saber cómo resguardaban a su Emperador fue nuestro error fatal. Muchos murieron ese día, ahí perdimos a nuestro líder, muchos fueron llevados a la cárcel y a esperar su ejecución.
- ¿Cómo escapaste con vida? – fue la pregunta lógica de Dodo.
- Hasta ahora que lo pienso, no sé cómo pasó exactamente, no sabría explicarlo; creo que todo se dio para que yo escapara. A veces pienso que fue un acto de Dios mismo.
- Déjame adivinar – dijo Barrabás – luego de eso comenzaste a reunir a nuevas personas para seguir con tu venganza...
- No se trata de venganza Barrabás, no te equivoques de eso. Los Zelotes no actuamos por venganza, nos movemos por convicción. Si alguien llega a nosotros con sed de venganza, pronto se da cuenta que nunca se saciará del todo.

Dodo y Barrabás se miraron.

- Ahora, estoy aquí y mañana no sé lo que será de nosotros; pero vivimos por nuestra convicción: defender nuestra tierra, acabar con nuestros enemigos, hacer el trabajo de ese tal Mesías, de ese Salvador que no llega a liberarnos o si ya está aquí, seguramente está escondido en algún lugar.

El César tomó el último sorbo de vino y suspiró hondo mientras miraba las nubes. Dodo y Barrabás no sabían qué comentar para rellenar este silencio incómodo para ellos.

- En un par de horas nos vamos – dijo en voz alta El César.
- Voy a traer lo que mi amo Santiago preparó para ustedes – dijo Dodo.
- Antes que te vayas – interrumpió El César – no les dije por qué me dicen El César...

Hizo una pausa misteriosa y sonrió de manera pícaro.

- Soy el único, de todos los Zelotes, que se acercó tanto al Emperador César, tuve la oportunidad de matarlo...
- ¿No pudiste matarlo? – interrumpió Barrabás.

- No. Pero si tienes la oportunidad, mira su cara y notarás claramente que yo estuve muy cerca de hacerlo. Que me digan El César, me recuerda que tengo una tarea pendiente – terminó diciendo El César mientras guiñaba un ojo.

El asombro en el rostro de Dodo y Barrabás era evidente. El César sonrió y lentamente se alejó de ahí. Dodo se levantó sin comentar nada y fue a buscar las cosas para el viaje de El César y su compañero. Barrabás quedó sorprendido por las cosas que acababa de escuchar; pero en particular, en su cabeza retumbaba la frase dicha por El César: *“Hacemos el trabajo de ese tal Mesías, de ese Salvador que no llega a liberarnos”*.

- 7 -

EL SOL COMENZABA A REGALAR LOS PRIMEROS rayos de luz. Las nubes grises aún reclamaban su lugar en el cielo y eso hacía que el día comenzara con poca luz, un tanto inusual para esos días.

Barrabás había dormido poco y gran parte de la noche estuvo en la entrada de su casa, esperando el momento en que los dos Zelotes se vayan como lo habían dicho. Más tarde, fue Dodo quien le sugirió que vaya a descansar a su cama.

Dodo ya estaba sentado en el mismo lugar donde Barrabás estuvo anoche. Fueron pasos lentos los que daba Barrabás mientras se acercaba a su amigo. Observaba para todos lados como tratando de confirmar que no había más de esos rebeldes cerca de su casa.

- Anoche tuve un terrible sueño – comentó Barrabás a modo de broma.
- Hubiera sido mejor que hubiera sido un sueño – respondió Dodo entendiendo la indirecta de su amigo.

Ambos rieron y Barrabás se sentó cerca de Dodo. Bostezó, estiro los brazos y se refregó un poco la cara.

- ¿Tú creíste todo lo que nos contó El César?
- No te hagas esto amigo, déjalo así – contestó rápidamente Dodo.
- Es que tengo muchas cosas en mi cabeza y este... asesino... me hizo pensar en algunas cosas que dijo...

- Sobre el Mesías – Dodo completó la frase, interrumpiendo a Barrabás.
- Sí, sobre él.

Dodo suspiró y meneó la cabeza.

- Si de algo sirve lo que te digo, amigo habla de esto con tu padre, él es un hombre que sabe dar buenos consejos y tú como hijo deberías saberlo mejor que nadie.
- Lo sé. Ya hablé con él al respecto.
- Entonces analiza todo lo que te dijo, escucha sus consejos y hazle caso – dijo Dodo de inmediato.
- ¿No quieres saber lo que me dijo?
- No es necesario. Sé que no te diría algo que no vaya a ser para tu beneficio. Él te ama más que a nadie y te amará siempre.

Barrabás se quedó en silencio por un momento.

- ¿Sabes en qué deberías pensar y concentrarte? – preguntó Dodo.

Barrabás lo miró.

- En la cita con la familia de don Benami, vas a comprometerte con Keren.

El rostro del joven Barrabás trató de mudar de preocupación a nerviosismo, de dudas a sonrisas. Disfrazó su mal momento con una sonrisa, la cual compartió con su amigo Dodo.

No terminaban de reír, cuando se escuchó la voz fuerte de doña Ana desde dentro de la casa.

- Vengan a comer y ganar fuerzas para el trabajo de hoy.

Era la frase favorita de doña Ana, de su propia inspiración, su modo particular de animar a su familia y a sus sirvientes a enfrentar el nuevo día de trabajo.

Dodo y Barrabás se levantaron para entrar en casa. Cada uno tomó lo necesario para llevar al campo de trabajo. Barrabás terminó de acomodarse y de alistar su caballo para salir a la jornada de trabajo.

- Dios los bendiga y los guarde hijos míos – dijo don Santiago.
- Gracias papá – respondió Barrabás.
- Dios los bendiga también - añadió Dodo.
- No llegues tarde hoy – recordó don Santiago.

Dodo y Barrabás se miraron, sabían que hablaba de la cita con don Benami y su hija Keren. Barrabás sólo movió la cabeza afirmativamente.

Ambos amigos tomaron el camino de siempre, por lo visto el suceso de los rebeldes que llegaron a casa ya no afectaba a nadie. Todo se reducía a un mal momento, a un instante incómodo para todos.

Llevaban como cinco minutos de camino y la charla se había centrado en la visita de la familia de don Santiago a la casa del gran amigo de la familia, don Benami. Sin duda este día marcaría la vida del joven Barrabás.

- No hay de qué te afanes amigo – siguió diciendo Dodo.

Barrabás detuvo de golpe su caballo y se quedó en silencio. Dodo se detuvo un poco más adelante y miró a Barrabás. No entendía lo que pasaba.

- ¿Todo está bien? – preguntó Dodo.
- ¡Shh...! - fue respuesta inmediata de Barrabás levantando su índice derecho hasta cerca de la boca.

Dodo trató de guardar silencio por un instante.

- Si me dices lo que te pasa... la verdad yo no escucho nada – dijo Dodo.
- Caballos... - contestó Barrabás en voz baja.

Dodo se esforzó en escuchar y trataba de que su caballo se mueva lo menos posible.

- Sí. Escucho algo. Caballos, Barrabás son caballos... ¿qué con eso? – pregunto Dodo.
- Son muchos – contestó Barrabás.
- ¿Muchos? – repitió Dodo.

- Muchos. Y eso no es normal por estos lados.
- ¿No es normal que vengan caballos?
- No es normal que muchos caballos viajen juntos... a no ser que sean...

Ambos se miraron sorprendidos y fue Dodo quien completó la frase de Barrabás.

- Una compañía de soldados romanos.

Barrabás inmediatamente exigió velocidad a su caballo. No había tiempo que esperar. Dodo, de igual manera, apretó las piernas y comenzó a seguir a su amigo. La tierra temblaba con cada golpe de las herraduras de sus caballos, el polvo de la tierra se levantaba lentamente en comparación a la velocidad con que cabalgaban.

Dios bendice a mis padres, era la petición del angustiado Barrabás que se mezclaban con pensamientos de frustración y venganza. *No tienen derecho a hacerles daño, que no les hagan daño.*

Ambos caballos llegaron por detrás de la casa y se detuvieron en una pequeña colina. Desde ese lugar pudieron observarlo todo. Barrabás comenzó a buscar con la mirada a sus padres; pero sólo pudo ver un grupo pequeño de soldados.

Barrabás se bajó de su cabalgadura y Dodo también lo hizo rápidamente adivinando lo que haría su amigo.

- Es mala idea que hagas esto – comentó Dodo.

Barrabás miró a su amigo y no pudo ocultar su impotencia y frustración. Apretó los dientes y dio un golpe en la montura del caballo.

En la casa había mucho alboroto y algunos sirvientes que corrían y se alejaban para esconderse; uno de ellos se detuvo al ver al joven amo Barrabás.

- Comenzaron a quemar su casa amo Barrabás – dijo el sirviente muy asustado.
- ¿Dónde está mi papá?

- Cuando escuchamos que llegaban los caballos, todos supimos que se trataban de los soldados, le pedimos que huya, me comprometí con ellos a decirle donde se esconderían. Ellos estarán en la cueva, cerca de la roca más grande que está en el río.

Barrabás no cabía en su asombro cuando miraba como se quemaba la casa de su infancia, el granero; donde muchas veces jugó y se escondió, ardía con tal intensidad que casi podía sentir el calor donde él se encontraba.

Su hogar comenzó a ser destruido por el fuego, las llamas devoraban todo muy rápido; casi tan rápido como el deseo de venganza que ahora nacía en el corazón del joven Barrabás. Solamente un par de soldados se podía ver ahora, los suficientes como para terminar de hacer el trabajo.

- ¿Por qué hicieron esto? – preguntó Barrabás con mucha bronca en la voz.
- Ellos se enteraron que los Zelotes llegaron hasta aquí – contesto el sirviente.

La impotencia parecía nublar los pensamientos de Barrabás.

- Ve a tu casa y escóndete; cuida a tu familia – ordenó Barrabás a su sirviente.
- Amo Barrabás – dijo el sirviente lentamente – también fueron a la casa de don Benami.

El sirviente no se sentía muy cómodo dando esta noticia. Se inclinó un poco mostrando respeto a su joven amo y continuó su camino. Barrabás trataba de controlar su respiración. El enojo crecía en su interior.

Aun peleando con la ansiedad, miró fijamente a Dodo.

- Quiero que busques a mis padres. Quédate con ellos y ayúdalos a esconderse; yo voy a buscarlos después para que vayamos a la ciudad a ocultarnos por un tiempo – ordenó Barrabás.
- ¿Qué vas a hacer? – preguntó Dodo enseguida.
- Voy a la casa de Keren. Tengo que verla, tengo que estar seguro... Dodo debo ir – insistió Barrabás.

Dodo sospechaba que lo peor ya había sucedido; pero no intentó desanimar a su amigo.

- Por favor cuídate y no hagas nada que sea fruto de tu enojo.

Barrabás sólo guardó silencio.

Dodo miró a su amigo Barrabas, como si nunca más lo vería de nuevo, como si se tratara de un adiós. Prefirió no hablar, era mejor no decir nada, las palabras eran innecesarias en este momento.

Barrabás extendió su mano derecha y Dodo hizo lo mismo. El fuerte apretón de manos, selló su hermandad y la lealtad entre ambos. No fueron necesarias las palabras para reafirmar este pacto. Los ojos humedecidos, las manos y el silencio fueron más que suficiente para sellar esta gran amistad, que de seguro duraría por siempre.

Dodo, para evitar una lágrima, subió a su caballo y dio un golpe con sus talones para que éste comience su camino. El gran amigo de Barrabás, su hermano mayor, se alejaba por un sendero para luego mezclarse con la maleza.

Barrabás montó su caballo; suspiró hondo y se apresuró a llegar a la casa de Keren. No tomó el camino más transitado, *de seguro los soldados romanos transitarán por este camino*, pensó.

Nadie conocía estos lugares como Barrabás, de niño solía inventarse senderos para llegar a lugares que nadie más había conocido antes. Mientras transitaba por estos caminos, casi borrados por tiempo, de alguna manera podía ver a un niño soñador, un constructor de senderos que corría delante de su caballo, guiando su camino. Se secó las lágrimas y continuó.

Unos metros antes de llegar a la casa de la familia de Keren, Barrabás se bajó de su caballo y continuó caminando, sus ojos no podían dar crédito a todo lo que veía.

Nada quedaba en pié. El fuego había hecho su trabajo, destruyó todo. De a poco, todo se fue derrumbando en el corazón de Barrabás. Cayó de rodillas al suelo y el llanto se volvió incontrolable para él.

Dios no puede ser capaz de permitir todo esto – pensaba dentro de sí mientras apretaba y rasgaba con sus dedos el suelo, e intentaba mantener la cordura.

La legión romana ya se había ido del lugar. Eran conocidos como “*Los Oscuros*”, la compañía romana más desalmada que alguien pudiera imaginar. Antes lo habían demostrado, mataban sin pensar y sin pena.

Se dice que el primer ataque de “*Los Oscuros*” fue ordenado por Herodes. Mandó matar a niños inocentes; pensó que de esa manera se desharía de El Mesías, el Rey de los Judíos.

La compañía atacó aprovechando la oscuridad de la noche y se metió en las casas de muchas familias. Aquella noche, se oyó llorar a tantas madres como nunca antes en la historia.

Desde aquella oportunidad, Herodes y otras autoridades romanas ordenaban el ataque de Los Oscuros para impartir temor, controlar rebeliones y matar a rebeldes como Los Zelotes.

Barrabás no tenía dudas que todo esto estaba hecho por Los Oscuros. Nunca pensó vivir esta experiencia. *¿Dónde estás Mesías?* – fue la pregunta que salió de su boca a modo de grito de dolor.

El caballo caminaba lento por el mismo sendero por donde vino, Barrabás agachó su cabeza desde que montó y miraba hacia adelante sino sólo de a momentos, para no salirse del camino.

Se detuvo por un momento para ver cómo las llamas terminaban de consumir toda su casa. Todo estaba destruido por completo. La mayoría de los animales fueron muertos y otro poco se llevaron los romanos. Poco o nada quedaba que pueda servir para algo.

Barrabás suspiró hondo y secó sus lágrimas.

- 8 -

EL RÍO NO ERA TAN GRANDE, en época de lluvia llegaba a correr una considerable cantidad de agua; pero no tanto como para desbordarse y causar daño a los sembradíos cercanos.

El sonido tranquilizador del agua era lo que relajaba a quienes decidían descansar y refrescarse en sus pequeñas playas. En sus orillas albergaba muchos árboles y algunas piedras se alzaban como fuertes guardianes de esta maravilla natural.

Las aves siempre tenían una canción de bienvenida para los visitantes.

Si se tenía suerte, hasta se podía apreciar cómo algunos animales silvestres venían a beber agua de esta maravillosa corriente de agua cristalina.

Era casi medio día y Barrabás llegaba a la cueva del río, la que se encontraba justo cerca de la gran roca. Pocos en la familia sabían que existía esta cueva. Barrabás había descubierto esta pequeña cueva, lo suficientemente grande como para esconderse.

La cueva era un secreto y Barrabás lo había compartido sólo con algunos de su confianza.

Barrabás no quiso gritar desde fuera de la pequeña cueva, entró lentamente esperando encontrar a su amigo Dodo y a sus padres. La cueva estaba vacía.

Esto no puede estar sucediendo – pensó. Salió rápidamente y buscó evidencias de que alguien hubiera llegado hasta ahí.

El camino por donde llegó Barrabás y por donde se suponía que llegaría Dodo, sólo tenía las huellas de un caballo, el de él.

Buscó huellas de pies, de sandalias, algo que pueda decirle que ahí estuvieron sus padres. Nada, absolutamente nada. El arenal cerca de la cueva estaba intacto, la entrada de la cueva sólo tenía sus huellas.

Barrabás comenzó a sentir que todo su mundo se consumía y se convertía en cenizas, tal cual sucedió con su casa y con la casa de la familia de Keren.

La rabia, el odio y la impotencia hicieron su efecto en el corazón de este joven. Gritó tan fuerte como pudo, golpeó las ancas de su caballo y cayó sobre sus rodillas en la arena húmeda.

No sé si es la hora de mi muerte; pero no hasta aquí quiero llegar – se dijo a sí mismo con voz entrecortada. Estas palabras tenían mucha amargura, estas palabras contenían mucha sed de venganza.

Barrabás se recostó sobre la arena – *que la muerte venga a buscarme, aquí la espero* – susurró y lentamente cerró sus ojos.

- 9 -

LOS PASOS SE DEJABAN NOTAR PRESUROSOS y firmes. Era un hombre mediano de estatura; pero de brazos fuertes y hombros anchos. Con su mano izquierda sostenía su espada para que no se moviera en su cintura y así caminar con más libertad.

Cruzó todo el campamento. Eran como unos ochenta hombres que estaban comiendo y descansando. Era el lugar donde El César había decidido pasar la noche.

Simeón había viajado casi todo un medio día para alcanzar a este grupo de guerrilleros. Eran sus amigos Zelotes. Se mostraba cansado.

- El César está comiendo, no molestes – dijo un hombre grande y con voz gruesa.
- Tengo noticias urgentes para él - contestó Simeón.
- Déjalo pasar – dijo El César desde más adelante.

Simeón se acercó y saludó al líder de la rebelión.

- Traigo noticias de la casa que usted me pidió que vigilara.

El César se limpió la boca y tomó un sorbo de vino.

- Bien, te escucho.
- Los romanos llegaron como usted lo pensó y quemaron el lugar, mataron a algunos, ahí mismo; pero muchos pudieron escapar.

- ¿Fueron Los Oscuros? – preguntó El César apretando fuerte su vaso de vino.
- Sí, fueron ellos.

El César lanzó con fuerza su vaso de vino al suelo y se puso en pié.

- ¡Sabía que llegarían, debimos quedarnos! – protestó El César.

El informante guardó silencio.

- Come algo y recupera tus fuerzas – ordenó El César.
- Sí señor, gracias.
- Antes que te vayas – interrumpió El César – Te pedí que vigilaras a ese tal Barrabás, ¿él también está muerto?
- No señor. Bueno, por lo menos no hasta cuando lo dejé de vigilar. Se quedó en una pequeña cueva cerca de un río. Todos los demás fueron ejecutados o llevados presos.

El César pensó por un momento.

- Come y prepárate para volver conmigo – ordenó.
- Sí señor – contestó Simeón inmediatamente y se retiró.

El César comenzó a buscar su espada, las cosas necesarias para un pequeño viaje y pidió que prepararan su caballo.

- Zohet, ven por favor.

El hombre grande y musculoso era una especie de guarda espaldas de El César. Siempre llevaba dos espadas. *Hay que estar preparado para todo* – decía siempre que se le preguntaba al respecto.

Siempre miraba fijo y casi nunca se le veía sonreír. Aunque algunos recuerdan haber visto una leve sonrisa en él. *Los mataría a todos si El César me lo ordenara* – dijo mientras tomaba en sus manos las dos espadas de su cintura. Todos quedaron quietos; pero luego levantó levemente la mitad de sus labios y guardó sus espadas.

Tenía manos grandes y callosas, muchos creían que por el uso de las espadas; pero la verdad era que Zohet antes trabajaba la tierra como la mayoría de los Zelotes.

La frente y el mentón de Zohet dejaban ver dos grandes cicatrices. *Peelé por mi líder, ayudé a librarlo de la muerte* – recordaba siempre con orgullo. Su voz profunda y gruesa hacía sentir temor a cualquiera que le podía escuchar. La lealtad a su líder y a su grupo de Zelotes era incondicional.

- Sí señor – dijo Zohet cuando estuvo frente a El César.
- Descansen esta noche y mañana muy temprano los llevas a la cueva de las ovejas. Esperen mi regreso en ese lugar.
- Se hará como lo diga señor.
- Tengan cuidado y usen los senderos todo el tiempo.
- Está bien – contestó Zohet.

Casi nunca El César se ausentaba del grupo. Recordando un poco, sólo dos veces estuvo lejos de todos sus hombres. Cuando tuvo que asistir a una reunión con otros líderes rebeldes y estuvo ausente por dos días. La segunda ocasión, El César fue capturado y estaba siendo llevado a la ciudad para ser ejecutado; pero fue rescatado por Zohet y otros del grupo.

Para Zohet era algo inusual que El César haga todo esto.

- No quiero faltarle el respeto señor; pero puedo preguntar ¿por qué nos deja ahora? – dijo Zohet.
- Tengo un presentimiento y no voy a quedarme con esta intriga – respondía El César mientras ajustaba su cinto y preparaba su espada.

El César suspiró un poco y miró fijamente a Zohet.

- Voy a traer a un gran hombre a nuestra milicia. Alguien que hará grandes hazañas.

Palmeó el hombro de Zohet y sonrió levemente.

- Cuida a los hombres – ordenó El César.

- Así lo haré señor.

El caballo de El César estaba listo y uno de los hombres se lo traía. El César puso algunas cosas sobre su caballo, tomó las riendas y montó.

- Simeón, nos vamos – gritó El César.
- Estoy listo señor – dijo Simeón un poco más atrás mientras aun masticaba su comida.

Simeón subió a su caballo y se detuvo cerca de El César.

- La historia de los Zelotes comenzará a cambiar – dijo El César con voz fuerte.

Todos quedaron asombrados por esas palabras; pero más por la emoción y el entusiasmo que el grupo percibía en la voz su líder.

El César y Simeón se fueron y pronto se confundieron entre los arbustos y la oscuridad. Sólo se podía oír, a lo lejos, el galope de los caballos.

- 10 -

BARRABÁS ESTABA RECOSTADO justo en la entrada de la cueva. No había comido en casi dos días. El cielo se mostraba amenazante con nubes negras y truenos.

La ropa de Barrabás estaba por demás de sucia, todo este tiempo lo había pasado en el suelo – *la muerte es mi mejor opción por ahora, si un romano no me mata el hambre lo hará* – se decía a cada momento. No había motivos para vivir.

- No eres tan bueno buscando tu propia muerte – dijo una voz mientras se acercaba.

Barrabás se puso de pie rápidamente. Había escuchado esa voz antes.

Al otro lado del río estaba El César y detrás de él Simeón sujetaba los dos caballos.

- ¿Cómo me encontraste? – preguntó Barrabás.
- ¿Eso importa ahora?

Barrabás no supo que responder. El César se arrodilló en la orilla y bebió un poco de agua, se mojó la cara y el cabello.

- Deseas la muerte; pero tampoco la buscas como debe ser, eso me dice que no quieres morir. De seguro prefieres que tus enemigos mueran primero.

- La muerte de mis enemigos no me devolverá todo lo que perdí.
- Ten por seguro eso – dijo El César inmediatamente.
- Entonces ¿cómo crees que espero que mis enemigos mueran primero?
- ¿Sabes lo que en verdad creo? - en realidad quieres tener a tus enemigos justo frente a ti, para que ellos reciban lo que merecen.

Barrabás se quedó en silencio. Este hombre había visto su corazón.

- ¿Cómo lo sé? Te preguntarás – dijo El César interrumpiendo los pensamientos de Barrabás.

El César se puso en pie y secándose las manos en sus vestidos, miró fijamente a Barrabás.

- Yo pasé por ese camino. Yo tenía sed de venganza y tuve mi oportunidad. Como tú, tuve dos opciones: esperar mi muerte o buscar mi chance de venganza.
- Déjame adivinar. Tú me ofreces la oportunidad – interrumpió Barrabás.

El César asintió con su cabeza y una pequeña sonrisa.

- No me interesa, muchas gracias – dijo inmediatamente Barrabás.
- No caigas en el error Barrabás - dijo El César de manera más autoritaria – tienes un gran talento que ni tú mismo conoces; pero yo veo algo especial en ti. Viniste al mundo para cumplir algo especial, tengo un presentimiento grande sobre eso.
- ¿Sabes la reputación que tienen ustedes?
- ¿Sabes cuál será la tuya al saber que no vengaste a tus seres queridos? ¿qué dirán de ti? ¿un cobarde? Creo que es lo mínimo que dirán del gran Barrabás.

Barrabás agachó su cabeza. Los pensamientos eran un torrente interminable en su cabeza. Su corazón, lleno de odio, pedía una sola cosa. Venganza.

- Debo reunirme con mis hombres esta noche, así que como te darás cuenta, me di el trabajo de venir a buscarte en persona para ofrecerte a que te unas a nosotros. Ya es hora de regresar, así que toma tu decisión.

El César tomó las riendas de su caballo y ordenó a Simeón que monte el suyo.

- Debes cruzar el río en este momento, buscaremos un caballo para ti y nos iremos.

Barrabás aún dudaba si seguir a este hombre y unirse a los Zelotes. Miró la cueva y suspiró hondo.

- Quiero destruir a quien haya hecho todo esto – dijo Barrabás mirando fijamente a El César.
- ¿Es una orden? – dijo El César sonriendo.
- Sí que lo es. Si no cumples con esto, yo mismo me encargo de terminar con tu vida.

El César montó su caballo con una sonrisa en sus labios.

- ¿Ves lo que te dije? – comentó a Simeón – tiene espíritu, tiene liderazgo innato.

Simeón solamente movió su cabeza y miraba a Barrabás. Pocos se habían animado a hablarle de esta manera a El César.

- Tú vas a hacer grandes cosas – dijo El César a Barrabás – Y si algo no te resulta entonces podrías intentar matarme.

El César sonrió y comenzó a avanzar con su caballo. Simeón lo siguió mientras Barrabás cruzaba el río para unirse a ellos.

- 11 -

TRES AÑOS DESPUÉS.

EL CÉSAR Y BARRABÁS CONVERSABAN y debatían entre sí. Estaban preparando lo que ellos llamaban “El final de Los Oscuros” – el gran ataque al batallón romano más temido por los judíos.

Nadie podía escuchar lo que trataban. Cerca de ellos, resguardando esta reunión secreta, estaban Zohet y Simeón.

- Esta colina es el mejor lugar para que podamos tener el control del ataque – decía Barrabás.
- Pero tendrán oportunidad de salir por este lugar – contradecía El César.
- No tendrán oportunidad si cerramos esa salida, es por eso que debemos prepararlo todo desde ahora.
- ¿Estás seguro que el informante es de confiar? – preguntó El César.
- Lo es. Antes me dio información y podemos confiar en él; sino te doy el gusto y lo matas como mejor se te antoje.

El César sonrió.

- Muy bien, creo que tenemos todo preparado – dijo El César.
- Sí, tenemos todo.
- Debemos informar esto primero a Zohet y Simeón, ellos nos ayudarán a prepararlo y a comunicarlo a todo el grupo.

- Está bien. De acuerdo.
- Además que son parte importante de este grupo, son una gran ayuda para nosotros.
- No lo dudo.

Barrabás se quedó mirando por un momento a Simeón y Zohet, por mucho tiempo ellos habían ayudado en todo sentido a El César, prácticamente eran la mano derecha, el apoyo y los rebeldes más leales que un líder podría tener.

El César miraba nuevamente el plan de ataque, era oportuno mirar cada detalle y analizar cada posible falla. No era de esas personas que dejaba todo al azar, quería tener todo bajo control. Cada mínimo detalle era estudiado. No por nada se había convertido en el líder de este grupo de Zelotes.

- ¿Por qué ellos te son tan leales? – preguntó Barrabás.

El César hizo una pausa en sus pensamientos y miró a Barrabás. Las charlas de este nivel de confianza ya eran frecuentes entre ambos. La amistad entre ellos se había fortalecido gracias a que ambos eran una especie de complemento en el liderazgo de este grupo.

- No dudo que ellos te serían leales a ti también cuando yo no esté más – comentó El César.
- Por favor, no creo que confíen en mí tanto como en ti – replicó Barrabás.
- Has demostrado ser un gran guerrero, has peleado muchas batallas con nosotros, has matado a los romanos invasores que se te han cruzado en frente y les has dado seguridad a todos en el grupo, ¿buscas más razones para que te sean leales?

Barrabás se quedó en silencio por un momento. *Nunca pensé que el mismo líder de este grupo me viera de esta manera* – pensaba para sí mismo.

La voz de El César cortó sus pensamientos.

- Te conté un poco de Zohet.

- Sí, recuerdo algo de eso; pero ¿cómo es que ahora él es capaz de dar su vida por sólo rescatarte? – fue la pregunta de Barrabás.

Una leve sonrisa se dejó notar en el rostro de El César.

- Es una historia muy íntima. La verdad... es que, yo morí en su lugar.

Barrabás frunció su frente, esa frase captó su curiosidad de tal manera que miró fijamente a El César esperando a que termine de contar esta historia.

El César sonrió al ver el rostro de su amigo Barrabás.

- Fuimos emboscados y muchos fueron arrestados por una legión romana. Te conté un poco de eso; pero no todo. Esto fue casi año y medio antes de llegar a tu casa.

Barrabás se sentó y estaba enteramente concentrado a cada palabra de El César.

- Muy pocos tuvimos suerte y no fuimos capturados. *Tengo mucho tiempo en esto y sé que no voy a ser eterno*, es lo que pensé, hoy estoy viviendo tiempo prestado, debí morir mucho tiempo atrás. Pero Zohet, él tiene futuro, es más joven y sabe cómo se debe dirigir a un grupo como este; así que la decisión que tomé fue *morir en su lugar*.
- ¿Morir en su lugar? No entiendo – comentó Barrabás.
- La legión de romanos estaba matando a cada uno de los prisioneros cada día, Zohet era el último. Así que envié una propuesta que los romanos no podían rechazar. Yo tomaría el lugar de Zohet.
- Debo suponer que aceptaron – dijo Barrabás.
- Correcto. Prácticamente moriría en lugar de Zohet. Pero no conté con en que los romanos habían decidido llevarme ante el mismo Herodes, no era para menos, soy el líder de la rebelión, personas como nosotros, mi querido amigo, somos como preciados trofeos para cualquier autoridad romana.
- Y Zohet se lanzó a rescatarte ¿o me equivoco? – comentó Barrabás.

- No te equivocas. Y esa historia ya te la conté antes. Zohet dirigió el ataque, fui rescatado. Las cicatrices en la cara de nuestro guardaespaldas Zohet, demuestran su valor.

Barrabás quedó sorprendido por esta parte de la vida de El César. *Este líder es capaz de dar su vida por alguien que él piensa que vale la pena.*

- Zohet es un gran líder, es un gran amigo y un excelente guardaespaldas, sé que daría su vida por mí... porque yo di mi vida por él.
- Increíble historia – dijo Barrabás sin salir de su sorpresa.
- Sí que lo es.

El César y Barrabás se quedaron en silencio por un momento.

- ¿Y Simeón? – preguntó Barrabás.
- No hay mucho que contar de este pequeño valiente – comenzó diciendo El César – me hace recuerdo a ti. Perdió a su familia, perdió todo lo que tenía. Era un muchacho cuando se unió a nuestro grupo. Es muy leal a la causa.

El César agachó la cabeza y apretó un poco sus labios.

- Para ser sincero, él me recuerda a mi hermanito – complementó El César.

Barrabás se sintió un poco incómodo por esta declaración. Muy rara vez se veía a El César mostrando esta clase de sentimientos.

- Tú eres un gran líder Barrabás, no dudes que ellos darían sus vidas para salvar la tuya. Eres un gran Zelote y de seguro cualquier autoridad romana sería un gran héroe para su nación si te capturara y terminara con tu vida – terminó diciendo El César.

Barrabás quedó sorprendido y pensando en todo lo que El César había dicho hasta ahora.

- Creo que tenemos todo listo – dijo El César volviendo en sí y mirando el plan de ataque.

Barrabás sólo movió su cabeza y suspiró hondo.

- Tenemos todo listo – comentó Barrabás.
- Muy bien, el ataque lo haremos en tres días.

El César llamó a Zohet y Simeón, ambos se acercaron y comenzaron a platicar sobre el asunto.

En la mente de Barrabás solamente se repetían las palabras que escuchó de El César mientras miraba a Zohet y Simeón.

- 12 -

A LO LEJOS SE PODÍA ESCUCHAR el canto de algunas aves. Era un adorno sinfónico perfecto para un día tan soleado y hermoso como el que transcurría ahora mismo.

Algunas nubes adornaban el cielo, el viento soplaba de a momentos y hacía que el calor del día fuera más tolerable. Las copas de los árboles jugaban con algunas brisas y se movían al ritmo de las melodías de un arroyo que se dejaba escuchar a lo lejos.

Se podía escuchar algunos caballos cabalgar y yuntas de bueyes que eran dirigidas a los campos de siembra. El saludo de los transeúntes era respondido muy cordialmente por la voz de una dama.

Esta era una casa normal, de las más comunes de la zona, no tenía nada en particular y estaba ubicada muy cerca de Jerusalén. Era un lugar muy tranquilo. Betania. Los tres habitantes de la casa se dedicaban a trabajar la tierra, criar algunos animales y a vender algunos productos de uso cotidiano para agricultores. Buenos vecinos y amigos.

El ruido de algunos sonidos cotidianos de la cocina hizo su efecto.

Barrabás se despertó sobresaltado. De inmediato llevó mano derecha a su costado izquierdo y se quejó del dolor. No pudo levantarse de la cama.

Por un momento se quedó quieto y miró para todos lados, trató de reconocer el lugar donde se encontraba. Observó con cuidado, levantó lentamente la mano de su costado y se dio cuenta que estaba con una especie de venda bien apretada. Cubría una herida. Un poco más tranquilo, se dio cuenta que también tenía una venda en su cabeza.

¿Dónde me encuentro? – era la pregunta que llegaba a su pensamiento. *¿Cómo llegué aquí? ¿Qué pasó con el resto del grupo?* – las preguntas se multiplicaban en la cabeza de Barrabás y al mismo tiempo peleaba por recordar lo que había sucedido.

Unos pasos le hicieron ponerse atento y miró hacia la puerta de entrada del cuarto.

Lentamente se recorrió una cortina a rayas que colgaba a modo de puerta y una figura femenina comenzó a recortarse en la entrada.

- Buen día, por fin despertó – dijo ella a modo de saludo junto con una amable sonrisa.

Barrabás trató de sentarse un poco; pero el dolor no lo dejó hacerlo del todo. Su rostro mostró claramente que su costado aún no estaba totalmente recuperado.

- Yo no intentaré levantarme tan rápido – dijo la mujer mientras arreglaba una mesa con algunas cosas para comer.

La desconfianza en Barrabás comenzó a transformarse en curiosidad.

- ¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? – habló Barrabás con una voz muy debilitada.
- Mis modales... perdone usted. Me llamo Marta. Esta es mi casa, aquí también viven mis hermanos María y Lázaro.
- ¿Qué me pasó? ¿Sabe dónde están el resto de mis amigos?
- No sabemos lo que le pasó exactamente y, por lo que veo, usted no recuerda absolutamente nada – dijo Marta.

Barrabás tragó un poco de saliva y luego hizo un esfuerzo grande para sentarse a la orilla de la cama, Marta se movió para ayudarlo un poco y luego se separó de él.

- Mis hermanos no tardan de retornar, fueron a Jerusalén y vuelven en cualquier momento. Mi hermano Lázaro le puede contar un poco sobre cómo lo encontró – complementó Marta.
- ¿Quiénes me ayudaron con mis heridas? – preguntó Barrabás mientras se tomaba el costado.
- Mi hermana y yo lo hicimos.
- Muchas gracias por eso – contestó Barrabás.

Los ojos del herido comenzaron a mirar la comida que estaba en la mesa pequeña. Marta se dio cuenta de inmediato y sonrió.

- Es para que se alimente.

Marta, con mucho cuidado, acercó la mesa lo suficiente para que el hambriento visitante se alimentara un poco.

- Muchas gracias por esto – dijo Barrabás aún sin terminar por completo el primer bocado de pan.

Marta simplemente sonrió y se encaminó hacia la salida del cuarto; pero justo en el umbral de la puerta se detuvo y miró a Barrabás por encima de su hombro derecho.

- ¿Es usted un Zelote, verdad? – preguntó.

Barrabás se quedó quieto por un momento y no respondió nada.

- Su silencio es una respuesta para mí – dijo Marta y salió del cuarto.

Barrabás suspiró profundamente.

- Es lo que soy, un Zelote, un asesino – dijo en voz baja.

Marta estaba limpiando la entrada principal de la casa cuando Lázaro y María llegaron en medio de charlas y risas. Ambos saludaron a Marta y comenzaron a descargar las cosas que estaban en los animales de carga.

- Nuestra visita ya despertó – fue lo primero que dijo Marta mientras terminaba de limpiar.
- ¿Y cómo está? – fue la pregunta de Lázaro.
- Aún le duele el costado; pero parece que la herida en su cabeza ya está mejor.
- ¿Dijo algo sobre lo que le pasó? ¿te dijo su nombre? – preguntó María.

La voz un tanto débil y profunda de Barrabás asustó a todos cuando él mismo contestó la pregunta.

- En realidad no recuerdo mucho, al parecer el golpe en mi cabeza es la causa. Mi nombre es Barrabás.

Barrabás terminaba de salir por la puerta principal de la casa. Se tomaba el costado para caminar mejor y con la otra mano se sujetaba para no caer.

Lázaro se acercó e intentó ayudar; Barrabás se sentó cerca de la puerta principal.

- No debería estar levantado – dijo Marta.
- Para comenzar, yo no debería estar aquí, es muy peligroso que esté en su casa. No quiero ser causante de problemas para ustedes – respondió Barrabás.
- Sólo hicimos lo que teníamos que hacer – dijo María mientras se acercaba lentamente.
- En fin, soy un peligro para ustedes. No solamente soy un simple Zelote, soy el líder - dijo Barrabás mirando de reojo a Marta.

Barrabás hizo una pequeña pausa. Los tres hermanos se miraron entre sí; pero nadie dijo nada al respecto.

- No tenían ninguna razón para ayudarme – continuó diciendo Barrabás.
- Pero quisimos hacerlo – comentó Marta.
- ¿¡Sabes lo que mejor hago!? Asesino personas, a los romanos especialmente, a los traidores de nuestro pueblo, a los que nos desprecian y a los que de alguna manera se conforman con estar bajo el yugo romano.

Barrabás mordió fuerte y largó una maldición por sus labios. Respiraba apresuradamente y forzaba a su mente para recordar lo que le había sucedido. Sólo algunos fragmentos venían a su mente.

- ¿Cómo me encontraron? – preguntó Barrabás.

Las dos hermanas miraron a Lázaro.

- Fue hace un par de días – comenzó diciendo Lázaro – estabas muy mal herido y tu frente tenía un gran golpe, tu costado sangraba mucho. No dudé en traerte hasta la casa, aún bajo mi propio riesgo... sabía que eres un rebelde.

Barrabás sólo miraba el suelo; pero escuchaba atentamente lo que Lázaro le estaba contando.

- Me enteré sobre la gran batalla que ustedes tuvieron con la legión romana; pero al parecer no les fue muy bien. Me enteré que muchos de ustedes fueron muertos. En Jerusalén todo el mundo comentaba que los soldados no se dieron el trabajo de tomar rehenes esta vez. Todos fueron muertos ahí mismo.

Barrabás se mostraba mucha ansiedad. *Yo debería ser uno de los muertos* – pensaba. Los rostros de sus amigos pasaba por su mente y la impotencia comenzaba a dominarlo.

- Lo siento, creo que muchos de tus amigos rebeldes fueron muertos, si es que no lograron escapar – terminó diciendo Lázaro.

El César, Zohet, Simeón... *¿Están muertos?* – era la pregunta que comenzaba a ser tortura para él.

- Debes descansar, debes recuperarte – sugirió Lázaro.
- Debo irme ya mismo, no puedo quedarme. Ya estuve suficiente tiempo en su casa. Estar aquí pone en peligro sus vidas – respondió de inmediato Barrabás.

Los tres hermanos se miraron.

- No podemos detenerte – comentó Lázaro – pero a la vez nos hubiera gustado que conozcas a alguien, un amigo nuestro que llegará en dos días, él siempre nos visita y...
- Agradezco mucho su ayuda – interrumpió Barrabás - pero es necesario que me vaya esta misma noche. Será mejor para todos.
- ¿Qué hará entonces? – preguntó Marta mostrando preocupación.

Barrabás la miró y por un sencillo instante, los ojos de Keren llegaron a su mente, por un pequeño momento pudo escuchar la voz de su prometida. Marta, con una pequeña pregunta, se había convertido en Keren por un segundo; esa misma mujer que tuvo que haberse convertido en su esposa, en la madre de sus hijos, esa mujer que hoy no puede ver.

- Haré lo que mis amigos harían. Voy a buscarlos – dijo Barrabás mostrando decisión.
- Pero ya deben estar muertos...
- Pronto lo sabré – interrumpió Barrabás.

Lázaro suspiró hondo. Marta y María se miraron. Todos sabían que este era un acto muy arriesgado; era una campaña suicida, más en la condición en que este Zelote se encontraba.

Barrabás se apoyó en la puerta para ayudarse a levantar de la silla, Lázaro intentó ayudarlo; pero Barrabás trató de no depender de esa ayuda, de alguna manera quería demostrar que se estaba recuperando.

- 13 -

- Al salir de esa casa, esa madrugada, tuve el presentimiento de que sería la última vez que dormiría en una cama cómoda. Y esa es parte de mi historia.

Fueron las palabras de Barrabás antes de recostarse sobre el suelo.

Una luz muy tenue se colaba por una ventana improvisada en la parte superior. Las paredes estaban húmedas y el piso no era el mejor lugar para descansar; pero era descansar ahí o hacerlo apoyado en alguna de las paredes.

Una gotera arrítmica se dejaba escuchar a lo lejos, los pasos y chillidos de algunas ratas que andaban cerca de las celdas de los prisioneros, eran algo cotidiano para los que habían pasado ahí varios días.

Los hongos e insectos en la ropa, en los pies y manos era algo normal. No había privilegios ni atenciones para los criminales, cualquiera haya sido su delito. Esta parte del palacio era la más descuidada y sucia. *Estos malhechores no merecían un lugar digno para descansar.*

La celda de Barrabás tenía una puerta de madera, maciza y pesada; crujía muy fuerte cada vez que la abrían y siempre se estancaba en el suelo y debían empujarla muy fuerte para abrirla por completo.

Barras de metal oxidado, gruesas y poco espaciadas entre sí, dividían el espacio de Barrabás con el siguiente reo. Para Barrabás había pasado más de un mes desde su arresto; pero para este nuevo infeliz, era simplemente su segunda noche en este lugar.

Pronto te acostumbrarás, solía decir Barrabás cada vez llegaba un nuevo prisionero. Era su modo de iniciar la charla.

Las autoridades habían acusado a Barrabás de ser el autor de muchos asesinatos de altos oficiales de las legiones romanas. La milicia que dirigía El César y Barrabás, casi había acabado con la vida de todos los soldados que conformaban la tan famosa legión Los Oscuros. Era considerado uno de los más sangrientos asesinos y la captura de este líder rebelde fue recompensada con altos honores.

El prisionero que estaba en la celda vecina era un hombre muy conocido por sus enseñanzas revolucionarias: *ama a tu enemigo, entrega la otra mejilla, perdona setenta veces siete*. Nadie había enseñado nada igual y nadie lo hacía con tal autoridad.

Jesús de Nazaret había sido arrestado y estaba siendo juzgado por ir en contra de las leyes judías. O es lo que las autoridades judías hacían creer a todos.

- Sé quién eres – dijo Barrabás sin levantarse de su lugar.
- ¿Quién soy? – fue la respuesta de Jesús.
- Eres el Maestro que enseña cosas que pone nerviosos a las mismas autoridades judías. Tienes muchos seguidores – dijo Barrabás.
- Te podría decir que soy un poco más que eso.
- Escuché tanto de ti que verte ahora... no me cabe en la cabeza... digo, tienes poder para alimentar a tantas personas, para sanar, para levantar un muerto; pero ¿no para salir de esta cárcel?
- No dudes que sí lo haría.
- Entonces. ¡Hazlo!

Barrabás se sentó y buscó la mirada de este profeta que parecía haber perdido su sentido de vida. Jesús no dijo nada, sólo miraba hacia abajo.

- Yo te seguiría sin dudar un instante, moriría peleando. Tienes seguidores, muchos de ellos, tú puedes liberar a este pueblo de los romanos. ¿Acaso no viniste a librarnos de ellos? – fue el reclamo de Barrabás.
- Las cadenas en tu alma parecen ser muy fuertes y ya te acostumbraste a llevarlas ahí – comentó Jesús.
- Tengo lo que se necesita para ayudarte. Toma tu lugar de Mesías y prometo que te seguiré. No tengo miedo, he matado a cuantos soldados encontré, a centuriones, a los traidores publicanos, maté a familias enteras, a sus esposas, hijos. Todos me consideran el peor asesino que existe; pero en realidad solamente quiero la libertad para Israel.
- Libertad... así es, yo tengo esa verdadera libertad. Tengo una misión más grande de lo que puedes imaginar.
- No entiendo. ¿Qué puede ser más grande que esta causa?
- Honrar a mi Padre.
- ¿¡Qué!?
- ¿Tú no lo harías?

Y por primera vez la mirada de Jesús se posó en los ojos de Barrabás.

El niño Barrabás vino a la mente de este Zelote marcado por la vida y el dolor: *¿Sabes lo que significa tu nombre?, tu nombre significa “El hijo de un padre” y eso quiere decir que siempre tendrás a tu papá y siempre te amaré sin importar dónde estés y lo que hagas.* Fueron las palabras que llegaron a su mente, las palabras de don Santiago, con tal claridad que casi las pudo escuchar.

Barrabás bajó la mirada por un momento.

- No creo que tu Padre quiera que sufras de esta manera – fue la respuesta de Barrabás.
- No. Él no quiere que eso suceda; pero es lo que está establecido para que tú tengas libertad verdadera.

Barrabás sonrió en tono de burla.

- Yo... ya no tengo oportunidad de libertad.

- No deberías rendirte tan fácilmente. La luz de la más pequeña lámpara puede iluminar una gran oscuridad.

Un hondo suspiro se dejó escuchar en Barrabás.

- Libertad. ¿Para qué? No sé si mi padre me recibiría nuevamente, si estuviera vivo. Mira... todo lo que hice, los soldados que maté, los hijos que dejé sin padres, sin madres... mi odio fue más fuerte que yo... al final terminé deshonrando a mi padre.
- Yo creo que te abrazaría y te diera el lugar de hijo nuevamente.
- ¿Por qué estás tan seguro?
- Conozco el amor de un padre.
- No creo que sea lo correcto... que me den una segunda oportunidad – objetó Barrabás.
- Todos merecen una segunda oportunidad. El caso está en que no todos están listos para recibirla. Algunos no conciben la idea de que se les dio otra chance más; otros simplemente la desperdician.

Barrabás se quedó pensando por un momento.

- Siempre pensé que tú serías como David, ese gran rey, un gran guerrero e inigualable líder para todo Israel. Creo que me equivoqué al pensar así – comentó Barrabás.
- ¿Por qué lo dices?
- Todo el mundo pensaba que tú serías el libertador del yugo de los romanos. Todos pensamos alguna vez en seguirte con espada en mano para matar a nuestros enemigos. Muchas vidas se hubieran salvado, muchos estuvieran con nosotros. Todos, alguna vez, nos vimos libres de esta esclavitud...

Barrabás no pudo seguir hablando. El dedo índice de Barrabás comenzó a escribir en el suelo. Lentamente escribía *“Mi Padre me ama”*.

- Maestro, de verdad no entiendo de qué libertad me hablas.
- Tu corazón necesita libertad. Mira tu interior y verás que no solamente estas preso aquí. Tu odio y sed de venganza no te dejan ser libre.

Se hizo un silencio. Se escuchó que algunos soldados estaban caminando fuera de la cárcel. Pasaron de largo.

- Mi Padre quiere darles libertad, de la real. Muchos podrán sentirla a pesar de que muchos estén en un lugar como este – añadió Jesús.

Uno de los tantos consejos de don Santiago, vino a la mente de Barrabás: *“...no sé si viene a condenarnos por abandonar su ley o a darnos una oportunidad para volver a Dios; sólo puedo asegurarte algo, yo quiero seguirlo, sea donde sea que vaya, quiero escuchar todo lo que tenga para decir...”*.

- Mi padre te hubiera seguido – comentó Barrabás.

Una lágrima rodó por una mejilla de Barrabás.

Jesús, lentamente se puso en pie y se detuvo cerca de las barras que dividían ambas celdas.

- Tu segunda oportunidad ya viene. Recuerda que estabas dispuesto a morir por tus amigos; pero habrá alguien que lo haga por ti – comentó Jesús.
- Ya no tengo amigos. Nadie me conoce, todos quieren que muera.
- Solamente necesitas a alguien que crea que tu vida vale la pena.

Jesús caminó hacia la puerta y se detuvo.

- Mi vida no vale la pena – dijo Barrabás poniéndose en pie.
- Yo creo lo contrario; tal como lo creía tu padre.

Jesús suspiró hondo.

- Ya es hora – dijo.

Al momento entraron cuatro soldados fuertemente armados. Cada uno llevaba su espada en la cintura, una lanza y un escudo que estaba sujeto en la espalda.

En perfecto orden se enfilaron hacia la puerta de la celda de Jesús. Dos de ellos lo tomaron del brazo y se lo llevaron.

Un instante después, Barrabás pudo escuchar claramente que el pueblo gritaba en contra del Nazareno. *¿Por qué la gente no puede ver la verdad? – se preguntaba. Hay tantas cosas escritas sobre este hombre.*

Barrabás se recostó nuevamente.

Pasaron como unas tres horas desde que llevaron a Jesús. Barrabás estaba por entrar en sueño profundo cuando comenzó a escuchar su nombre. Todo el pueblo reunido gritaba el nombre de este Zelote.

Es mi turno – pensó.

Su corazón comenzó a latir más fuerte, se levantó y se puso delante de la puerta de su celda.

- Estoy listo – dijo.

Cuatro soldados fuertemente armados llegaron hasta su puerta. Abrieron la puerta. Pidieron que Barrabás se arrodille y que ponga sus manos en la espalda. Amarraron sus manos y lo sacaron a empujones.

Mientras caminaba por los pasillos, los retratos mentales de su infancia comenzaron a invadir su cabeza, las palabras de su padre, las charlas con su amigo Dodo, su casa en el campo y los campos de siembra.

¡Barrabás!, ¡Barrabás!, ¡Barrabás!

Era todo lo que escuchaba en el patio principal del palacio de Poncio Pilato.

La luz del sol hizo que Barrabás cerrara un poco sus ojos. Todo el pueblo gritó cuando vio entrar a este asesino.

Poncio Pilato suspiró hondo y gritó con todas sus fuerzas.

- ¿Libero a este asesino, criminal y ladrón llamado Barrabás? O ¿les entrego a Jesús a quien no encontré culpa que merezca la muerte?

Sin ningún tipo de pausas todo el pueblo comenzó a gritar a una sola voz: *¡Barrabás!, ¡Barrabás!, ¡Barrabás!, ¡Barrabás!*

- ¿Y qué hago con Jesús de Nazaret?
- Que muera en una cruz – gritó un hombre de la multitud.

¡Crucifícale, que muera, crucifícale!

El rostro de Barrabás no cabía en su asombro. Buscó a Jesús con la mirada tratando de entender lo que sucedía.

Barrabás no pudo creer lo que estaba mirando. Jesús estaba casi desnudo, solamente un manto sucio y manchado en sangre lo cubría, llevaba una corona de espinas que había perforado su frente y su sien. Sangre brotaba por las heridas en su frente y su rostro estaba completamente golpeado y desfigurado. Estaba descalzo y en su hombro se dejaba notar que lo habían lastimado, tenía cortaduras profundas por todas partes.

Jesús sólo miraba hacia abajo, no decía nada.

Barrabás volvió en sí cuando un criado traía una fuente con agua y una toalla para Poncio Pilato.

- Yo soy inocente de la sangre de este hombre justo.

Pilato firmó un pergamino y lo selló con su anillo. Entregó la orden de muerte al Centurión encargado de las ejecuciones. Miró fijamente a Barrabás.

- Libérenlo – dijo Pilato sin creer lo que él mismo decía.

Barrabás no sabía cómo reaccionar. Jesús levantó lentamente su mirada y puso sus ojos en Barrabás, sonrió con las pocas fuerzas que le quedaban y le guiñó un ojo lentamente.

- Es tu libertad – dijo Jesús en voz baja.

Soltaron las manos de Barrabás y lo empujaron hacia afuera del palacio.

En medio de las calles solamente se escuchaban gritos, insultos y hasta algunos alcanzaban a golpear a Jesús o a cualquier de los otros dos condenados. Cada uno llevaba su cruz, cada criminal era avergonzado de

esta manera mientras los soldados se encargaban de golpearlos para que apresuren el paso.

Barrabás no pudo ver a Jesús nuevamente. No podía creer que estaba libre y que el mismo Mesías había tomado su lugar de muerte.

- 14 -

BARRABÁS TRABAJÓ MUCHO PARA reconstruir su casa. Le llevó alrededor de un año levantar todo nuevamente. Nada era igual que antes. Con mucha insistencia pudo encontrar a dos personas que le ayudaran con el trabajo. Todos sabían quién era y pocos creían que alguien como él vuelva a ser el que era antes.

Por las tardes, Barrabás siempre se sentaba en el mismo lugar donde había platicado con su padre por tantas ocasiones. Trataba de recordar cada palabra, cada gesto, cada parpadeo.

Pocas veces se veía venir gente por el camino. Los ojos de Barrabás se fijaron en las dos personas que venían caminando y conversando hacia su casa. Se levantó lentamente y trató de reconocer a estos extraños.

El sol ya se escondía y era poca la luz que permitía ver con claridad.

- El camino no es bueno para transitar de noche – dijo Barrabás mientras se acercaban a él.
- ¿Ni siquiera es bueno para un viejo amigo? – fue la respuesta que recibió.

Barrabás conocía esa voz; pero no podía creer lo que estaba sospechando.

Dodo llegó lo suficientemente cerca para dejarse reconocer.

Barrabás comenzó a derramar sus lágrimas. Dodo sonrió y se acercó para abrazarlo. Fue un abrazo largo y fuerte entre ambos amigos.

- Querido amigo. Te creí muerto...
- Por poco y lo estuve.
- ¿Dónde estuviste todo este tiempo? – preguntó Barrabás.
- Preso, oculto, caminando hambriento, mendigando...
- ¡Nunca llegaste a la cueva! – dijo Barrabás.
- Fui capturado.

Dodo desprendía una sonrisa y una tranquilidad única. Barrabás nunca antes lo había visto así.

- Algo te sucedió en este tiempo – comentó Barrabás.
- Algo grande de verdad – contestó Dodo.
- Casi no te puedo reconocer.
- ¿Recuerdas cuando hablamos del Mesías?

Barrabás asintió con su cabeza.

- Recordé las palabras de mi padre. Encontré al Mesías y comencé a seguirlo – terminó diciendo Dodo.

Barrabás se quedó en silencio, pensativo.

- Pero es mi amigo quien te lo puede explicar mejor. Él es Pedro, a lo mejor tengan algo en común entre ustedes.

Pedro se acercó a saludar con una gran sonrisa. La mirada le recordó a alguien más; pero podría ser sólo coincidencia.

- Tenía muchas ganas de conocerte. Tú fuiste uno de los últimos milagros de mi Maestro – comentó Pedro.
- Tienes una mirada muy parecida a la de Él – comentó Barrabás.
- Estoy seguro que tienen mucho de qué charlar – dijo Dodo – así que le pido, amo Barrabás...
- No soy tu amo – interrumpió Barrabás.
- Perdón... por favor le pido que pueda escuchar lo que tiene que contarle – terminó diciendo Dodo.

Barrabás miró a su amigo Dodo, viejo, cansado y más flaco que la última vez que estuvo con él.

- Sea cual sea el camino que vayan a tomar después, deben descansar esta noche – comenzó diciendo Barrabás – por favor, entren a mi casa y compartan mi mesa.

Barrabás, extendió su mano hacia la puerta de la casa, invitando a que pasen.

- ¿Conociste al Maestro? – preguntó Barrabás.
- Así es. Conozco a quien tomó tu lugar – contestó Pedro.

Barrabás sonrió levemente.

- Bien, entonces ¿sobre qué quieres que hablemos? – dijo Barrabás.
- Del amor de un Padre – contestó Pedro.

Los tres entraron en la casa.